

EL CANO



LOS GRANDES HOMBRES



BIBLIOTECA NACIONAL



SANTIAGO DE CHILE

COLECCION MEDINENSIS

AAC 9473

ANEXO

Piso	2	Estante	
Tabla en que se encuentra			
Volúmenes de esta obra			1
Número del volumen			26
Obra número			1540

VIAJES DE JUAN
SEBASTIÁN DE EL CANO

Es propiedad del Editor.

LOS GRANDES HECHOS DE
LOS GRANDES HOMBRES

VIAJES DE

Juan Sebastián de El Cano

PRIMERO QUE DIÓ LA VUELTA AL MUNDO
SIGUIENDO EL CURSO DEL SOL

(Primus circumdedisti me)

SUS GLORIOSOS HECHOS

RELATADOS A LOS NIÑOS

POR EL

P. CELSO GARCÍA

(AGUSTINO)

Ilustraciones de ALBERT



BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Publicado por la Casa Editorial ARALUCE
Calle de las Cortes, 392 :: BARCELONA

IMPRIMATUR

Fr. Franciscus Alvarez, Prior Prov.

NIHIL OBSTAT

Fr. Ignatius Acebal, Censor.

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El censor,
Franco. de P. Rivas y Servet
Presbítero

Barcelona 21 Octubre 1924

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular,
José Palmarola

Por mandato de Su Sria.,
Lic. Salvador Carreras, Pbr.
Scrio. Canc.

ÍNDICE

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MED"

	<u>Págs.</u>
Prólogo	vii
Los expedicionarios	11
La partida	23
El estrecho	35
Muerte de Magallanes	48
El capitán El Cano	63
¡Antes la muerte que el enemigo!	76
El Cano en España	90
La nueva armada	104
Desventuras y dichas	117
Muerte de El Cano	131
Conclusión	140

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Guetaria, su pueblo le recibió con grandes aclamaciones	Frontis
--	---------

	<u>Págs.</u>
...y hizo disparar contra la nave, los cañones	24
Herido luego en la otra pierna, cayó al suelo... ..	45
...y con voz fervorosa y solemne... ..	67
...los diez y ocho macilentos héroes... ..	82
De Portugalete pasó a Guetaria	89
...fué estrellada contra los acantilados... ..	100
Sentados una tarde sobre las duras rocas	110
Resolvió, pues, hacer su testamento... ..	129

PRÓLOGO

Queridos niños:

La mayor parte de los que hoy llamamos hombres grandes o héroes murieron sin llegar a comprender en vida la gloria que habían de irradiar sus hazañas o la trascendencia que podían alcanzar sus hechos.

Cumplieron varonilmente con las obligaciones que pesaban sobre sus hombros o siguieron los impulsos de su corazón sin titubear y sin esperar el premio de sus contemporáneos, que la mayor parte de las veces no los comprendieron o se mostraron mezquinos con ellos. Mas Dios y la posteridad se encargan siempre de desvanecer las nieblas de la ingratitud y de hacer que los dignos de renom-

bre ocupen el puesto que en la Historia les pertenece.

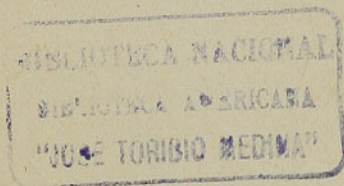
Para confirmaros en lo que digo, sin necesidad de otras consideraciones, basta que recordéis los personajes que intervienen en el descubrimiento y en la conquista de las Américas: Colón, Cortés, Balboa, los Pizarros, Cabeza de Vaca... todos comprueban lo que decimos.

En este librito de El Cano encontraréis también al hombre que vive como héroe y muere como víctima; pero que después resalta glorioso en nuestra Historia.

No os vayáis a creer que El Cano es un genio descubridor, un cosmógrafo eminente o un sabio aventurero: la verdad ante todo. Tampoco es un marino vulgar ni un navegante y con buena estrella. El Cano es el genio de la energía y de la tenacidad; es el español de contextura férrea que, en una frágil navecilla, lanzada a la inmensidad de los mares y con escasa y desfallecida tripulación, no se aproxima a la costa, por llegar más pronto y más seguro a la meta, y que está decidido a sumergirse antes que caer en manos de sus enemigos. La constancia de El Cano, su fe cristiana, su entereza en el cumplimiento del deber, su arrojo y su menosprecio de la vida, son las firmes bases en que se apoya la inmortalidad de su nombre, y son las virtudes que nos legó

para que le imitemos en cualquier estado en que se desarrollen nuestras actividades, ya que todos llevamos en el alma el reflejo de la divinidad y los gérmenes de grandeza que, bien cultivados y desenvueltos dentro de la esfera social en que vivimos, pueden abrirnos las puertas de la inmortalidad.

P. CELSO.



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPITULO I

LOS EXPEDICIONARIOS



ra una calurosa tarde del mes de junio. Por una callejuela de Sevilla, con paso firme y solemne, avanzaba un hombre ya entrado en años, alto, robusto, de curtida faz y noble presencia. De trecho en trecho levantaba los meditabundos ojos para mirar hacia el extremo de la callejuela. Se detuvo un momento antes de doblar ésta, y después, como sacudiéndose una pesadilla, avanzó con más resolución y se metió decidido en una grande y muy concurrida hostería. El

hostelero, que se hallaba en el patio con algunos de sus huéspedes, al verle entrar, se adelantó a recibirle con halagüeño semblante.

—¿Venís en busca de alojamiento?—preguntó.

—Soy vecino de esta ciudad—respondió el recién llegado.

—¿Qué deseáis?

—¿No se hospeda aquí el gran marino portugués Fernando de Magallanes?

—Sí; para honra de la mejor hostería de Sevilla.

—Desearía hablar con ese caballero.

—Está ocupado con un señor muy amigo suyo, y tratando sin duda de los grandes proyectos que pretenden realizar.

—No importa; idos a decirle que aquí hay un español que se viene a poner a sus órdenes. ¿Necesitaré ir yo mismo?

—No os molestéis; yo estoy aquí para servirlos.

El hostelero, ante la voz autoritaria y la decisión de aquel hombre, y acostumbrado a complacer a los que allí entraban, obedeció sonriente, y subió en busca de Magallanes.

A los pocos momentos se asomó a lo alto de la escalera y dijo :

—Podéis subir, caballero. El señor os recibirá con gusto.

El desconocido, que esperaba silencioso y paseando su vista con indiferencia sobre los huéspedes del patio y los dibujos arabescos del portalón, subió presuroso adonde se le invitaba.

—Por ahí—dijo el hostelero, inclinándose levemente y señalándole la puerta de una habitación.

Nuestro hombre se acercó a la puerta en el momento en que la abrían y salían por ella dos personajes. Uno de ellos dijo en voz alta :

—No temáis ni desconfiéis, Ruy Falerio ; las grandes empresas requieren grandes sacrificios. Esta colmará los deseos que tantas veces hemos acariciado. Adiós.

Volviéndose luego hacia el desconocido, que se había retirado unos pasos, le dijo con voz persuasiva y gesto agradable :

—Pasad, buen hombre.

Los dos penetraron en la estancia. Magallanes se acomodó en un sillón de baqueta, y

después de mirar detenidamente al visitante le preguntó :

—¿Qué deseáis?

—Servir a Dios y a mi patria a la sombra de vuestra insignia.

—¿Conocéis el objetivo de mi expedición?

—Sí, señor ; es el de hallar por el Occidente una ruta más corta para las Indias.

—¿Y habéis meditado en las tremendas dificultades a que se exponen los que a tan arriesgada empresa se aventuran?

—Todo es llano y hacedero para el que en Dios confía y lleva un buen capitán.

—Veo que sois hombre de corazón—dijo Magallanes, algo sorprendido con tales contestaciones. Luego prosiguió : Basta observaros un momento para comprender que sois hombre de mar y no un marino cualquiera. ¿Por dónde y con quién habéis navegado?

—Casi pudiera deciros que soy hijo de la mar, pues en ella viví desde mi infancia ; ya dedicado a la pesca en el Golfo de Gascuña, ya luchando contra los árabes en estas costas del Mediterráneo. No ha muchos años tuve a mis órdenes una nave de más de doscientas tone-

ladas en la expedición que el Cardenal Cisneros hizo al Africa.

—¿De dónde sois?

—De Guetaria.

—¡De Guetaria!

—Sí, señor; Guetaria es una villa marítima de Guipúzcoa.

—No recordaba ese pueblo.

—Hoy apenas le conoce nadie; pero sus hijos trabajarán por hacerlo glorioso.

—Acepto con gusto vuestros servicios. Anotaré vuestro nombre entre algunos otros que ya se inscribieron. ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre de pila es Juan Sebastián de el Cano, y yo así firmo siempre. Pero mis camaradas me han llamado hasta el presente y me seguirán llamando: Sebastián de Elcano.

Magallanes escribió el nombre rápida y agitadamente. Se levantó después, y alargando la mano al visitante, le dijo con efusión:

—¡Elcano, Elcano! Mil veces he oído vuestro nombre y otras mil os he oído ponderar. Seréis mi amigo, más bien que mi súbdito. No necesitáis explicaros más; co-

nozco vuestro acerado temple. Los marinos que con vos fueron al Africa pregonan vuestra valentía y la generosidad de vuestro pecho. Desde este instante quedáis nombrado maestre de la nave *Concepción*, que irá a las órdenes del hidalgo Gaspar de Quesada. Voy a extenderos el nombramiento.

Y Magallanes, retirando de sobre la mesa varias cartas marinas, un globo terráqueo y otros útiles de náutica, extendió sobre un pergamino el citado nombramiento.

Apenas El Cano salió a la calle con el título de su nueva autoridad, se sintió más grande y con nuevas aspiraciones. La alegría le rebosaba en el corazón. Mas de pronto una densa nube vino a ofuscar su dicha. Se acordó de su madre, doña Catalina del Puerto, a quien dejaba en el pueblecito y a quien acaso no volvería a ver. Dios y la Patria cuidarían de ella, ya que si él la abandonaba era por servir a estas otras dos madres.

Siguió su camino, y se fué hacia donde solían reunirse sus compañeros de mar a distraer el ocio y apagar la sed.

Cruzó una portalada y se metió en un patio, donde reinaba gran animación. Allí be-

bían y charlaban oficiales y marineros, en distintos grupos. Apenas le vieron entrar, amainaron sus voces, y uno de ellos le dijo :

—Elcano, ¿has cumplido lo que prometiste ayer?

—Sí—respondió El Cano—; este pergamino lo hará bueno. Yo siempre cumplo mi palabra.

La noticia del alistamiento de El Cano y su título de maestre de la *Concepción* se extendieron rápidamente entre los circunstantes. Algunos de ellos dieron allí mismo su nombre para acompañarle en la empresa, otros alegaron que ya lo decidirían más tarde, y no faltó quien dijera atrevido :

—Vas a las órdenes de un portugués, desechado por su Rey.

—También desecharon a Colón—dijo El Cano—. Además, que ese portugués y otros que le secundan, son tan españoles como nosotros. Son súbditos de nuestro Emperador, y en honra de España redundará la gloria que alcancen.

—Yo soy griego, y me siento tan español como cualquiera de vosotros, y mañana mismo me inscribiré entre los que vayan con

Magallanes—dijo con voz musical un joven rubio y bien apuesto.

—En tales empresas—siguió El Cano—, todos somos unos, porque todos somos hijos del mismo Dios, militamos a las órdenes del mismo Rey, y por extender el nombre de ambos exponemos la vida.

Era entonces Sevilla un hervidero de gentes que acudían allí del resto de España y de otros países, atraídos por el resplandor que difundían las expediciones al Nuevo Mundo. Los hidalgos segundones, los franceses, alemanes, flamencos y muchos griegos venían a llenar las listas de expedicionarios que iban en busca de nombre y de fortuna y que en aquellas aventuras encontraban la realidad de lo que habían leído en los entonces tan populares libros de caballería.

La expedición de Magallanes era poco halagüeña, por lo que no se encontraban muchos voluntarios. Además, tenía en su contra la hostilidad de los portugueses, que la trataban de desacreditar no sólo en las tertulias familiares sino también ante los hidalgos, ante los miembros de la Casa de Contratación, que era la encargada de fletar los

navíos, y ante los mismos grandes de la corte.

El embajador portugués, Alvaro Costa y el pérfido agente Sebastián Alvarez no perdonaban medio de desacreditar a su compatriota y de oponerle obstáculos.

A pesar de esto, Magallanes se multiplicaba alistando gente, deshaciendo intrigas y activando la organización de la flota, sin desmayar ni un solo instante. Los demás oficiales le secundaban con empeño. Así es que uno de los primeros días de agosto, paseando el héroe portugués a orillas del Betis, decía ebrio de satisfacción al capitán Luis de Mendoza :

—Confío en que Dios coronará mi empresa, pues ya veo balancearse sobre las aguas a las cinco naves casi completamente equipadas.

—Todo tiene fin en este mundo—respondió Mendoza—, incluso las dificultades que oponía la Casa de Contratación y las intrigas de los envidiosos ; aunque entre los alistados van algunos que no son muy de fiar.

—Por buenos me los ofrecieron y por bue-

nos los tendré, mientras no demuestren lo contrario con sus obras.

—He oído decir que vuestro gran amigo Ruy Falerio, se queda en tierra, después de ser uno de los más entusiastas promotores de la expedición—insinuó Mendoza.

—Es cierto que se queda. Unos dicen que se ha vuelto loco ; otros, que lo simula, porque teme aventurarse a lo desconocido. No hablemos de él, que sus razones tendrá para proceder así y ya hay quien le substituya.

Siguieron paseando, entretenidos con el ajetreo del muelle y con el ir y venir de carruajes y de marineros, que pertrechaban los bajeles de municiones y de rescates. Al pasar junto a ellos un marinero jovencito, pero ya tostado por los aires del mar, le detuvo el capitán y le preguntó :

—¿ Quién sois ?

—Señor—contestó el joven con donaire y sin dar muestras de conocer al que le preguntaba—, soy un marino vasco, paje del señor El Cano.

—¿ Vais contento en la expedición ?

—Con el caballero El Cano estoy decidido aunque sea a dar la vuelta al mundo. Y ade-

más, ¿cómo no voy a ir contento, si me han dicho que llevamos a bordo veinte mil cascabeles para rescates?

—Así es en verdad—dijo Magallanes a Mendoza, continuando su paseo—. Llevamos veinte mil cascabeles, millares de anzuelos y de tijeras y gran cantidad de azogue, plomo, azafrán, tejidos, alumbre, etc. Cuando estuve en Malaca y traté de ir a las Molucas comprendí bien lo mucho que valían estos rescates. Lo que más necesitamos son hombres, pues sólo van doscientos treinta y siete; de ellos, ciento cincuenta y siete españoles y veintisiete portugueses. Pero no hemos de mirar al número sino a la calidad; una moneda de oro vale por muchas de cobre.

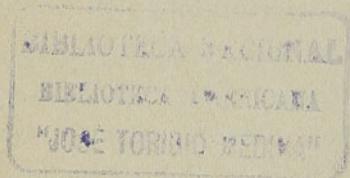
—¿Y cuándo nos daremos a la vela?—preguntó Mendoza prudentemente.

—Dentro de unos días. Probablemente el 10 de este mes de agosto por la mañana descendemos, Dios mediante, por las aguas del río a realizar la idea que hace ya muchos años bulle en mi mente. A mí no me cabe la menor duda de que lo mismo que se dobla el Africa por el Sur se puede doblar la América e ir a las islas de la Especería. ¡Oh, si en-

contrásemos ese paso feliz, yo sería el más dichoso de los mortales !

—Lo encontraremos—dijo Mendoza con acento de convicción.

—¡ Que Dios te oiga !—repuso Magallanes, levantando los ojos al cielo.



CAPITULO II

LA PARTIDA



Magallanes cumplió su palabra. El 9 de agosto de 1519 los valientes marinos que iban a salir en busca del nuevo derrotero para las Indias, se hallaban humildemente postrados ante la imagen de Nuestra Señora de la Victoria de Triana, implorando el favor del cielo. Entre los acordes de la música y el fervoroso rezar de la multitud, recibía Magallanes el estandarte real de manos del asistente Sancho Martínez de Leyva. Todos prestaron allí ju-

ramento de servir al Emperador ; y los capitanes lo prestaron de obedecer al jefe de la armada.

El Cano, imperturbable y decidido ante los peligros del mar sentía en aquella ocasión el pecho enternecido y que las lágrimas asomaban a sus ojos : ofrecía a la Virgen su empresa y le encomendaba el cuidado de su madre.

Al amanecer del siguiente día se hallaban los muelles cuajados de gentío. Las cinco naves que iban a partir estaban adornadas de flámulas y gallardetes, e hinchaban sus velas como tomando aliento para tan larga y arriesgada travesía. Los rayos del sol naciente se reflejaban sobre las bruñidas armaduras de los soldados, que desde cubierta agitaban sus pañuelos en señal de despedida.

De pronto se oyó un cañonazo que tuvo eco en todos los corazones, y comenzó a deslizarse sobre las aguas del río la nave *Trinidad*, de ciento treinta y dos toneladas y mandada por el almirante. La siguió la *San Antonio*, de ciento catorce toneladas y a las órdenes de Juan de Cartagena ; la tercera que salió fué la *Concepción*, de ciento ocho toneladas ; en



...e hizo disparar contra la nave los cañones...

ésta iba de capitán Juan de Quesada, y de maestro El Cano ; a pequeña distancia siguieron la *Victoria* y la *Santiago*, mandadas por Luis de Mendoza y Juan Serrano, respectivamente.

—¡ Gloria a los héroes !—decía un achacoso hidalgo, blandiendo su espada.

—Esas palabras sonarían mejor a la vuelta—se atrevió a murmurar un arrogante portugués.

—¿ Y por qué no ahora ?—replicó el hidalgo—. Héroes son desde el momento en que osan acometer tal empresa.

—Veremos si vuelve alguno y cómo vuelve—insistió el portugués.

—¡ Volverán, que Dios los asiste !—exclamó enérgicamente el hidalgo, retirándose de mal humor.

La armada entre tanto seguía su curso por las aguas del río, y continuó deslizándose sobre las ondas hasta llegar al puerto de Sanlúcar de Barrameda, donde iba a recoger los aprovisionamientos que le faltaban.

Magallanes ordenó que la gente bajase todos los días a tierra para oír misa ; y antes de

continuar el viaje dispuso que todos se confesaran.

A fines de septiembre salieron de Sanlúcar, y el 26 del mismo mes llegaron a Tenerife, donde se detuvieron unos días para proveerse de agua y leña, partiendo de allí el 3 de octubre a media noche, para engolfarse en las llanuras del Atlántico.

Elcano, siempre atento a conservar el buen orden y la rigurosa disciplina en el interior de su nave, y a cuidar del buen estado de los cañones, trabajaba mucho, hablaba poco y apenas se enteraba de la tormenta que en el interior de la flota se iba formando, tormenta mucho más terrible que las atmosféricas que podían dar al traste con las naves.

Una tarde, cerca ya de las costas de Guinea, estaba El Cano aburrido por la calma chicha que reinaba en aquella latitud y que apenas tenía impulso para mover las embarcaciones: parecía que el cielo les negaba la brisa para una expedición que todos ansiaban hacer a velas desplegadas.

—¡Qué calma tan desesperante!—murmuró sin poderse contener.

—Señor—dijo el paje, que no sabía vivir

sino al lado de su antiguo capitán—, tan grande como es la calma que reina en la atmósfera, es la tormenta que se avecina dentro de la armada. Mal fin va a tener la enemiga que hay entre el almirante y el veedor.

—A nosotros nos toca cumplir como buenos y callar, y más a ti.

—Ya me parecía a mí que no era posible la paz entre tanta clase de gentes : españoles, portugueses, franceses, italianos, flamencos... ¡ No sé lo que va a pasar aquí !

—Todos tenemos el mismo Dios y el mismo Rey.

—Dicen que el capitán Cartagena se opone a seguir la ruta que traza el almirante, y hasta añaden que le ha tratado con descortesía, y que entre los expedicionarios hay algunos que sólo vienen con objeto de malograr la empresa.

—Muy hablador te has vuelto desde que nos hicimos a la mar. Tú no te metas en nada ni hagas caso de parlerías—contestó secamente El Cano, que sabía con pena la división que reinaba entre los hidalgos, y los continuos choques entre el veedor y el almirante.

A los pocos días y aprovechando aquella gran calma, ordenó Magallanes que todos los oficiales pasasen a la *Trinidad*. Allí discutieron acaloradamente sobre la ruta que debía seguirse y sobre el saludo que a la primera autoridad correspondía. El veedor Cartagena, capitán de la *San Antonio*, alegando poderes del Emperador, trató de imponerse a Magallanes; mas éste, valiéndose de su autoridad le metió preso y ordenó que se le condujese a la nave *Victoria*, cuyo capitán, Luis de Mendoza, le trató con todo género de consideraciones. Substituyó a Cartagena en el mando de la *San Antonio*, Alvaro de Mezquita, primo de Magallanes.

Con esta medida se acalló por entonces el espíritu de rebelión, y todos acataron en adelante y sin protestar las órdenes de Magallanes.

En la línea equinoccial sufrieron cuarenta días de lluvia persistente, y una desencadenada tormenta, que los puso al borde de la perdición. Sólo se consolaban cuando veían flotando sobre los mástiles el fuego de San Telmo, que consideraban entonces como fuego santo y protector. Esta lluvia torrencial

sirvió para desvanecer la creencia que tenían la mayor parte de los tripulantes de que en los trópicos no llovía nunca. El 29 de noviembre se hallaban ya cerca del Nuevo Mundo y a la altura del Cabo de San Agustín. Ansiosos de descansar y apremiados por la necesidad de leña, agua y víveres frescos, desembarcaron el 13 de diciembre en un lugar de las costas del Brasil, llamado Tierra del Verzino. Los navegantes fueron muy bien recibidos por los indígenas, que apenas los divisaron en los confines del horizonte, acudieron a la playa a trocar sus géneros por rescates.

—Aquí sí que se come bien y se compra barato—decía Juanillo al cocinero de la *Concepción*—. ¿Cuánto dió por esas ocho gallinas, que parecen pavos?

—Las compró el pinche por un anzuelo.

—¿Y esos dos patos, como cisnes? ¡Qué rollizos! ¡Qué preciosidad de piezas!

—Pues las adquirí por un peine.

—¿Y esos montones de batatas y esos pescados, vivos aún?

—Por unas tijeras o un espejo te hartan

en la plaza de todo lo que se te antoje. ¡ Si estuviera en Sevilla este mercado !

—Piñas es lo que me gustaría a mí—dijo Juanillo—. Probé una vez una en Huelva y se me hizo la boca agua. ¡ Qué aroma y qué gusto tienen !

—Vete a comprarlas, que no tengo yo tiempo de charlar ahora—dijo el cocinero apresurándose a bajar a su oficina.

Juanillo salió en un bote a tierra ; pero no llevaba consigo ninguna baratija ni se la proporcionaban los otros compañeros. Se acercó a lo que llamaban mercado y en donde con gran algarabía se trocaban los géneros por cualquier bagatela española, y estuvo observando la diversidad de apetitosos frutos que allí había. Se tentaba uno y otro bolsillo, por ver si podría topar algo que le sirviese de rescate ; pero no encontraba cosa alguna de valor. Al acercarse a unos vendedores de gallinas vió que un italiano de la *Trinidad*, mozo elegante y presumido, llamado Piga-fetta, compraba seis gallinas por un rey de oros de la baraja. Juanillo saltó de júbilo. ¡ Si la baraja era su libro más hojeado e indispensable ! Allí traía él una que podía utilizar

para comprar infinidad de cosas. Aún le quedaban otras dos en el camarote. Escogió el caballo de espadas, lo levantó en alto, lo ponderó con visajes cuanto pudo y adquirió por él las piñas que quiso. El dos de oros le valió para comprar un gran trozo de carne de anta, que era un escogido presente para ofrecer a su señor El Cano.

Trece días se detuvo la flota en la Tierra del Verzino, y después bajó costeando hacia el Sur, en busca del paso con que soñaba Magallanes.

Como la temperatura iba descendiendo y el invierno se les venía encima, ordenó el almirante que viesen el modo de buscar un puerto abrigado donde pasar la cruda estación para seguir con los deshielos de la primavera más hacia el Sur, por donde confiaba doblar la tierra firme, como se doblaba el Africa por el Cabo de las Tormentas.

Navegando un día y otro con grandes penalidades y no pocos infortunios descubrieron, por fin, un puerto bastante espacioso y al parecer bien abrigado; donde Magallanes decidió que entrase la armada para invernar allí. El 15 de marzo de 1520 surgieron los

nuestros en aquel paraje que denominaron San Julián. Saltaron a tierra bien prevenidos para evitar cualquier celada de los indígenas y registraron en una prudencial extensión los contornos de la playa ; mas no encontraron ningún pueblo de indios ni descubrieron persona alguna, lo que en parte los alegró y en parte sintieron, ya que podían escasear las provisiones y no sería fácil adquirirlas.

Las privaciones que en el puerto de San Julián padecieron los expedicionarios, la monotonía de aquella vida llena de peligros y sinsabores y la nostalgia de la patria, hicieron que la rebelión mal sofocada en Guinea tomase allí cuerpo y que llegasen los ánimos a exaltarse de tal modo que se hablaba públicamente de dar la vuelta. Se murmuraba sin recelo del almirante y llegaban muchos incluso a faltarle al respeto debido. Los capitanes Mendoza, Quesada y Cartagena—que ya estaba libre—azuzaban a los descontentos y decían que Magallanes no cumplía las provisiones del Emperador, por lo que era preciso deshacerse de él y volver a España.

Magallanes, que sabía el complot que con-

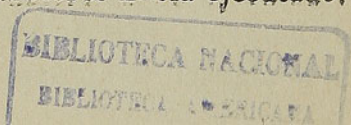
tra él se fraguaba, mandó que el Domingo de Ramos saltasen todos a tierra a oír misa y que después fuesen a comer con él. Pero sólo cumplieron esta orden Alvaro de Mezquita y Antonio de Coca, con lo que se ponían los demás fuera de la obediencia. Por la noche pasaron Cartagena y Quesada con treinta hombres a la nave *San Antonio*, donde prendieron a Mezquita y, después de una corta escaramuza, se apoderaron de la nave. Hablaron entonces a El Cano, requiriéndole de orden del Emperador, cuyos poderes cumplían y obligaban a cumplir a todos incluso a Magallanes, para que aceptase el mando de la *San Antonio*, como así lo verificó sin discutir y acatando a sus inmediatos superiores.

En vista de tal rebelión, envió Magallanes desde su nave al alguacil Gonzalo Gómez de Espinosa a la *Victoria* con una orden escrita para que intimase la rendición a los sublevados. Llegó Espinosa a comunicar dicha intimación, y cuando la estaba leyendo, Mendoza se rió y burló de él, lo que exasperó de tal suerte al alguacil que sacando su puñal se lo clavó en la garganta. Muerto Mendoza, los que asistían al alguacil se apoderaron fá-

cilmente de la *Victoria*. Poco después de este incidente, el flujo del agua empujó a la nave que mandaba El Cano contra la de Magallanes; éste, creyendo que se le acometía, hizo disparar contra ella los cañones, que con su fuego destrozaron la obra muerta de la *San Antonio*. Mas El Cano no sólo no disparó ni un tiro sino que permitió sin resistencia alguna que los soldados del almirante se posesionaran de su nave. Las demás embarcaciones se entregaron sin resistencia, lo que demuestra que la marinería no estaba unida eficazmente a los cabezas de los que pudiéramos llamar rebeldes, aunque ellos creían cumplir con las reales provisiones.

Quedaron presos, Quesada, El Cano, Coca y otros. Al primero se le formó juicio sumárisimo, y al amanecer fué ahorcado, y su cadáver, junto con el de Mendoza, fué descuartizado.

Magallanes no se dejó llevar de la venganza, y dió libertad a los presos, considerando suficiente escarmiento la justicia que en los dos promotores había ejecutado.



CAPITULO III

EL ESTRECHO



Señor, señor ; un indio, un gigantazo ! ; Miradle ! Allí está en la playa, dando voces y haciendo piruetas — dijo un día Juanillo a voz en cuello y llamando a su señor, que paseaba melancólicamente por la cubierta del buque.

No sólo el maestre sino también una multitud de soldados y marineros se asomaron a la borda, atraídos por las voces del paje.

—Pasa inmediatamente a avisar al almirante Magallanes—dijo El Cano, que no tardó en volver a su paseo.

Juanillo partió en un bote, y cuando llegó a la nave de Magallanes ya éste contemplaba al desmesurado indio que, cantando, bailando y echándose arena sobre la cabeza, divertía a la multitud expedicionaria.

—¿Qué traéis?—dijo Magallanes al paje, viéndole llegar precipitadamente.

—Venía de parte de mi señor El Cano a comunicaros lo que ya estáis viendo, así es que llego tarde.

Magallanes, contemplando el airoso porte del joven y recordando sin duda las palabras que en el puerto de Sevilla le había oído, tuvo una idea feliz, y le preguntó :

—¿Te atreverías a traernos aquí a ese gigante?

—Señor...

—¿Tienes miedo?

—¡ Oh, no ! Miedo no...—respondió Juanillo, aparentando valentía—. Pero ese gigantazo echará a correr apenas me vea en tierra, y estoy seguro de que a correr no me es posible ganarle.

—Ese indio debe venir de paz. Vete a su encuentro y procura atraerle con demostraciones pacíficas.

—Entonces aquí le tendréis dentro de unos instantes.

Juanillo palpó la empuñadura de su espada y con gran denuedo salió a tierra. El indio al verle, dejó sus zalemas y empezó a retroceder a medida que Juanillo avanzaba. El indígena retrocedía o se paraba según avanzaba o se detenía Juanillo ; pero no dejaba de saltar y de echarse arena. Juanillo no sabía ya cómo arreglarse para no perder la presa. Se detuvo una vez más y reflexionó un momento. De pronto se le ocurrió hacer lo mismo que hacía el indio, y empezó a brincar, hacer gestos y tirar a lo alto puñados de arena. Esta salida ingeniosa excitó tal hilaridad en los tripulantes que sus carcajadas se oían repercutir sonoramente en aquellos solitarios valles. El indio y el paje, haciéndose mutuas zalemas y contorsiones, se fueron aproximando hasta juntarse, y después vinieron ambos adonde estaban los nuestros.

El indígena, que en realidad era de talludo y fornido cuerpo, fué de todos bien recibido y obsequiado y le hicieron beber y comer en gran abundancia. Un italiano de los que allí había tuvo la mala ocurrencia de ponerle ante

un espejo, y tal susto recibió el indio que, dando un enorme salto atrás, derribó a cinco espectadores y costó gran trabajo el calmarle. Obsequiado al salir con algunas fruslerías, marchó tan contento y agradecido que no tardó en volver con varios de los suyos a rendir homenaje a unos hombres que ellos juzgaban como venidos del cielo.

Cinco meses estuvieron allí los exploradores, ya aburridos y desanimados ya muy distraídos y gozando en la caza especialmente de los pájaros bobos que tanto les divertían con su solemne andar en tierra.

Cuando empezó la estación florida, ordenó Magallanes que saliese la nave *Santiago* en exploración hacia el Sur. Partió la nave y encontrando un gran brazo de agua que se metía por tierra, se aventuró por él, esperando sin duda atravesar por allí el continente ; mas a poco de navegar, una deshecha tormenta le sacudió con tanta furia que le estrelló contra las rocas, con la buena suerte de que no pereciera ni un solo hombre.

Viéndose los náufragos sin medios de volver, determinaron que dos de ellos tornasen

a San Julián a llevar la mala noticia y pedir socorro.

Con pena escuchó Magallanes el triste relato ; y sin perder tiempo ordenó que se marchase en socorro de los náufragos y que trajeran todo lo que de la embarcación pudiera aprovecharse. Andando una distancia de veinticinco leguas, trajeron aquellos intrépidos héroes todo lo que pudieron cargar sobre sus hombros, atravesando inexploradas sendas, durmiendo al raso y volviendo al campamento extenuados de fatiga y de hambre.

Como se había perdido la *Santiago*, Magallanes repartió su gente entre las otras embarcaciones y confirió a Serrano el título de capitán de la *Concepción*. A la *Victoria* la mandaba Duarte de Barbosa, y a la *San Antonio* Alvaro de Mezquita.

Ordenó el almirante que todos se pusiesen bien con Dios para continuar sus exploraciones ; y se dieron a la vela en busca del Estrecho, dejando en aquellos inhospitalarios lugares a dos infelices que habían tratado de reavivar el foco de la rebelión, y que con tan terrible pena fueron castigados.

Llegó la armada al río de Santa Cruz, don-

de había naufragado Serrano, y desde allí continuó hasta un cabo al que impusieron el nombre de Cabo de las Once mil Vírgenes. Un gran brazo de mar, como de cinco leguas de ancho se oíreció entonces a los ojos de los navegantes. Todos los corazones saltaron de júbilo sospechando que aquel fuese el Estrecho, y de todos los labios brotaron gracias a Dios, convencidos de que al fin habían encontrado lo que con tanta fe y constancia buscaban.

Magallanes destacó dos naves para que se internasen a explorar, y él se quedó en la embocadura donde sufrió una gran tormenta que puso en peligro extremo su nave.

Los exploradores avanzaron por el Estrecho unas cincuenta leguas, y viendo que seguía, tan ancho y navegable como al principio, volvieron rebosando satisfacción, a dar la buena nueva, que colmó de felicidad el alma del almirante. Reunió éste inmediatamente su Consejo para decidir. La mayoría optaba por seguir explorando, ya que el entusiasmo de la gente y la placidez de la estación convidaban a ello; mas el portugués Esteban Gómez, piloto de la *San Antonio* y que tenía

muchos conocimientos náuticos y gran prestigio entre todos, se opuso, diciendo que ya se había conseguido el objetivo del viaje y que era preciso volverse a llevar a España la noticia del descubrimiento, antes que se perdiese el fruto de tan costosa expedición, pues se hallaban expuestos a morir en aquellas latitudes, ya a causa de una tormenta, o lo que era más seguro, por las enfermedades y el hambre.

No pudo entonces contenerse Magallanes, y poniéndose en pie, dijo con solemne majestad y denuedo :

—Ninguna de esas soñadas dificultades me intimida, y si fuera preciso, sabré comerme incluso los cueros de baqueta de que están forradas las antenas, antes de retroceder. ¡ Pena de la vida al que hable de dar la vuelta !

Nadie se atrevió a replicar ; todos acataron el parecer del almirante : unos por convicción y otros por obediencia.

Siguieron por lo tanto la derrota, y no tardaron en encontrarse con un brazo de mar que se dirigía al Sudeste. Magallanes ordenó que la nave *San Antonio* se adelantase y ex-

plorase la nueva ruta, mientras él seguía avanzando lentamente. Los comisionados volvieron después de tres días ; mas no hallando la armada donde creían hallarla tiraron algunos cañonazos y bajaron a tierra a encender fogatas, que no tuvieron contestación alguna. La gente se desconsoló, creyéndose abandonada en aquellas solitarias regiones, y Gómez, que ardía en deseos de volver a España, aprovechó la ocasión para trazar el cuadro del lúgubre porvenir que allí les esperaba, añadiendo que tenía la convicción de que se habían ido a pique los demás barcos. Le ayudaba en su ruin tarea el escribano Jerónimo de Guerra, y entre los dos lograron convencer a los sencillos tripulantes de sus designios. Prendieron, en consecuencia al capitán y pusieron proa a España llegando a Sevilla en mayo de 1521 y creyendo y haciendo creer que los restantes habían perecido y que ellos eran los únicos portadores de tal descubrimiento.

Cuando Magallanes se convenció de la deserción, quedó como aplanado. Perdía con ella al capitán de más confianza y a casi todos sus portugueses, y se veía obligado a confiar sólo

en los españoles, de quienes recelaba en demasía. Este golpe hizo que fuese más humano y más tratable; pero aun así no se atrevía a reunir consejo, por lo cual decidió preguntar por escrito a los capitanes, si determinaban volverse o si se arriesgaban a seguir.

Los españoles, que comprendían la atribulada situación del almirante y lo que convenía a la gloria de la empresa, le contestaron que, pues la estación era propicia y los ánimos se hallaban bien dispuestos, no se desistiese cuando ya iban por tan anhelada derrota. Esta respuesta, dada por medio del piloto Andrés de San Martín, reanimó al almirante y fué de todos aplaudida.

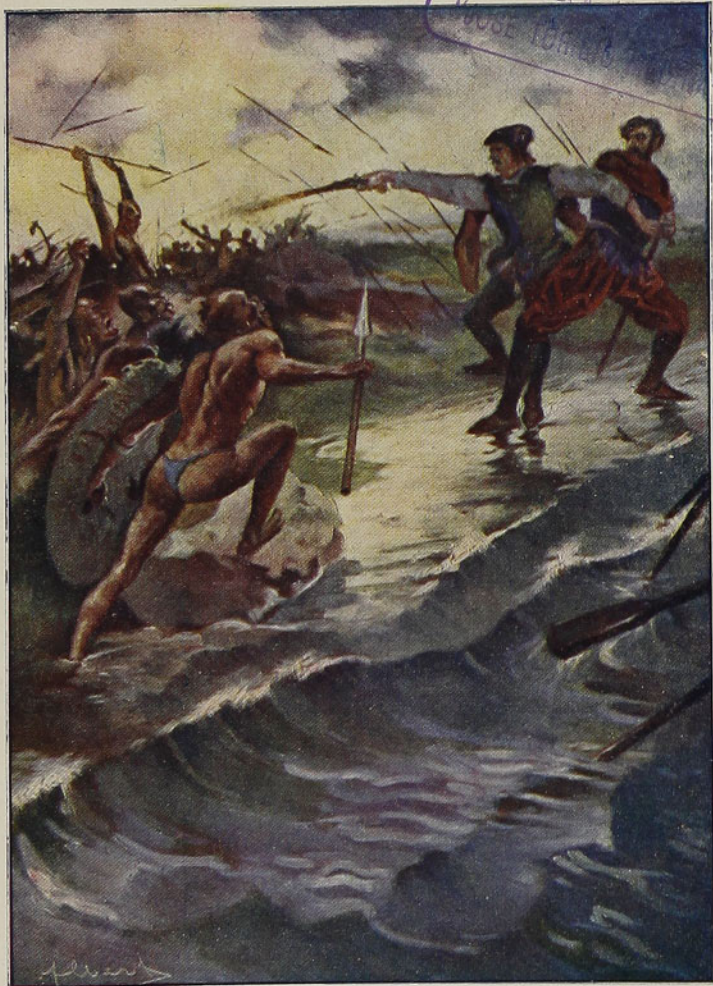
Mientras se seguía esperando a la *San Antonio*, en cuya busca fué la *Concepción*, envió Magallanes un bote bien tripulado y abastecido para que fuese en busca de la salida del Estrecho. Dicho bote volvió a los tres días con la gente toda alborozada y pletórica de entusiasmo, diciendo que habían visto al fin del canal un gran océano de infinito horizonte y de gruesas y oscuras aguas. Ante tan grata nueva, unos saltaban de alegría,

otros tiraban sus gorros al alto, y todos daban vivas a Magallanes, que sentado en el puente de su nave, lloraba de júbilo. ¡ Al fin palpaba la realidad de sus presentimientos !

Bautizaron el paso con el nombre de *Estrecho de Todos los Santos* ; pero la Historia hizo que prevaleciese la denominación de *Estrecho de Magallanes*.

Cuando los exploradores dieron vista a la extensa llanura del mar que ante sus ojos se desplegaba, y apenas las quillas de los bajeles surcaron aquellas ondas vírgenes, una nutrida salva de vítores, cañonazos y tiros de mosquetería ahuyentó el silencio que por tantos siglos había reinado en aquellos parajes. Nuestros hombres de hierro no se arredraron al aventurarse con tan minúsculas embarcaciones entre las aguas de tan inmenso océano ; pusieron las proas al Noroeste, para huir de las frías regiones del Sur, y sin ver más que el azul del mar y el azul del cielo, navegaron tres meses en busca de unas tierras que no sabían dónde ni cuándo habían de hallar.

La misericordia divina hizo que no los azotase ninguna tormenta en este transcurso de



Herido luego en la otra pierna, cayó al suelo...

tiempo, por lo que llamaron *Pacífico* al mar que tan denodadamente iban hollando. Pero tuvieron que sufrir una tan tremenda hambre que se comían las ratas que en los bajeles había y devoraban las galletas, que eran un hervidero de gusanos. Tantas y tan continuadas privaciones hicieron que enfermasen casi todos y que padeciesen las incomodidades propias del escorbuto, siendo una de las más penosas la hinchazón de las encías, que llegaba a cubrirles los dientes, con lo que a pesar del hambre casi no podían comer la poca ración que se les asignaba.

Un día al amanecer se descubrieron en el horizonte algunos puntos negros. La poca gente que había sobre cubierta repitió jubilosa el grito de ¡tierra, tierra!, que dió el vigía. Los tripulantes que se hallaban con algunas fuerzas subieron para cerciorarse de tan inesperada noticia. Las naves aceleraron la marcha y se fueron aproximando. No tardaron en descubrir unos islotes sin acceso y sin vegetación; pero los marinos siguieron esperanzados de hallar pronto una isla que los remediase con agua y frutas.

—¡Otra decepción!—murmuraba Juani-

llo, volviéndose al camarote—. Seguiremos comiendo ratas y gusanos.

—Mal anda el oficio—gruñía el cocinero—. Si continuamos así tendré que dedicarme a freir los cueros de las antenas.

—En verdad—prosiguió Juanillo, que aunque tuviese uno que comer, faltan dientes para masticarlo. A mí no se me han caído y no obstante apenas los encuentro en la boca, ¡y precisamente ahora que los vamos a necesitar para roer cuero cocido!

—¡Tierra, tierra!—se volvió a oír con más entusiasmo—. ¡Mucha tierra cubierta de vegetación! ¡Se ven humos! ¡Está habitada! ¡Varias islas! ¡Un archipiélago!

La gente gritaba con entusiasmo, corría de un lado para otro, nerviosa, tropezándose y sin saber adónde iba ni lo que buscaba.

No tardaron las naves en hallarse frente a unas islas fértiles y grandes, que los brindaban con sus recursos. Magallanes ordenó que se dirigiesen a ellas y que todo se dispusiese para no entrar precipitados ni desprevenidos. Hasta los más débiles ocuparon su puesto entre la tripulación o entre la gente de armas:

parecía que todos habían sanado en virtud de un conjuro.

A medida que se acercaban las embarcaciones, se iban descubriendo tierras exuberantes, cabañas de indios y una multitud de gentes que se agolpaban en la bahía y que metiéndose en las canoas venían derechas a la armada, sin temer ni desconfiar. Cuando se pudieron distinguir los rostros de los naturales, pudo apreciarse en ellos y en las contorsiones que hacían la extrañeza que los recién llegados les causaban, pues estaban en la creencia de que no había en el mundo otros hombres y, según se supo después, ellos se juzgaban por los únicos habitantes del globo.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPITULO IV

MUERTE DE MAGALLANES



penas surgieron los exploradores en el puerto, los rodeó un enjambre de canoas, cuyos tripulantes ofrecían sus géneros sin temor alguno ; y no tardaron en meterse por las naves y revolver y fisgar todo lo que encontraban, que para ellos era nuevo. Mas observaron los nuestros que los indígenas robaban y ocultaban todo lo que podían y que no había pedazo de tela ni clavo que no se apropiasen, por lo que fué preciso espantarlos como a ratas. Mas, llegada

la noche, se hicieron tan osados que con gran sigilo se acercaron a un bajel y robaron uno de los botes. Al día siguiente tuvieron que salir cuarenta soldados a tierra para hacer un escarmiento en aquellos atrevidos indígenas y recuperar la presa. Por todos estos motivos denominaron a aquéllas de los Ladrones ; hoy se llaman Islas Marianas.

Abastecidos y algo repuestos, marcharon los expedicionarios de allí y siguieron su ruta hasta descubrir las islas de San Lázaro (hoy Filipinas), anclando en el puerto de Cebú. Los cebuanos, llenos de admiración ante aquellas gentes y aquellas grandes barcas, mostraron extraordinaria solicitud por atender a tan raros huéspedes. El Rey trabó gran amistad con los nuestros, y a los pocos días reinaba ya entre unos y otros suma confianza.

Magallanes, para demostrar su poder y la grandeza del Emperador a quien servía, ordenó que sus gentes hiciesen simulacros de combate y que dispararan los cañones y toda la mosquetería ante el Rey y su corte, y los despidió con espléndidos regalos. Hizo que jurasen obediencia al Emperador y mandó

que los sacerdotes explicasen a los indios las verdades fundamentales de nuestra religión. El Rey, la Reina y muchos cebuanos pidieron el bautismo, que se les administró solemnemente, prometiendo los neófitos guardar la nueva religión y desterrar el culto de los ídolos. Cuando se celebró la ceremonia del bautismo, llevaba el marino Pigafetta un hermoso Niño Jesús del que se quedó prendada la Reina, y se lo pidió con grandes instancias. Pigafetta se lo otorgó para que lo adorasen en substitución de los ídolos, lo que ella prometió hacer. El tiempo demostró que la Reina supo cumplir su palabra, pues cuando más tarde llegó a dicha isla la expedición de Rada y Urdaneta, el pueblo adoraba al Santo Niño de Cebú, que hoy sigue de Patrono de la ciudad y es también el Patrono de una provincia de PP. Agustinos, primeros apóstoles que en aquellas islas predicaron el Evangelio.

Mientras estos y otros muchos celebrados sucesos tenían lugar en Cebú, El Cano se hallaba enfermo en su camarote y se entretenía escuchando las maravillas que su paje le narraba y las fábulas que comentaban los ma-

rinos. Como ya podía ser mejor atendido, iba recobrando sus fuerzas poco a poco ; mas no se hallaba con bastantes para salir a tierra.

—¿Qué pasará?—preguntó un día el enfermo al contraamaestre Juan de Amurrio, que hallándose también delicado, había venido a visitarle.

—Mucho ir y venir se oye sobre cubierta—dijo Amurrio—. Mucho ruido hay de armas y de voces. Iré a enterarme.

Subió Amurrio a cubierta, mientras El Cano esperaba intranquilo. Supo la causa de aquel movimiento, y sin detenerse, bajó al camarote y dijo a El Cano :

—Guerra tenemos. El almirante se comprometió a defender al reyezuelo de Cebú contra el de Mactán, y va a salir con cuarenta y nueve hombres a someterle.

—No me gusta la empresa—dijo El Cano en voz baja—. Hemos venido a descubrir tierras y a hacer amigos ; no a pelear y dejar odios. ¿Qué nos va en las disensiones de estos reyezuelos ? Pero no discutamos este asunto ; Magallanes sabrá sin duda mejor que nosotros lo que debe hacerse.

—Es una empresa temeraria y peligrosa,

aunque irá a la cabeza el mismo Magallanes —insistió Amurrio.

—Es una imprudencia exponer así su vida, tan necesaria a todos. Dios lo permite, sea lo que Dios quiera. No hablemos más de esto.

El paje llegó entonces con un vaso de vino de palma, que traía para fortalecer y animar a su señor. Después de ofrecérselo, dijo con tono humilde :

—Señor, deseaba pedirlos una gracia.

—¿Qué quieres?

—El almirante busca voluntarios para salir contra Zula, el Rey de Mactán ; yo desearía acompañarle, después de buscar quien os asista en mi corta ausencia.

—Puede ser muy larga—dijo El Cano con tono sombrío—. Mas ya que pides algo que toca a la honra de Dios y a la tuya, por mí puedes ir, aunque te advierto que no es de mi agrado esa correría.

—Entonces no voy—dijo con firmeza el paje.

—Vete, y, suceda lo que suceda, cumple como bueno y no abandones a tu capitán, aunque tengas que arriesgar la vida.

Juanillo salió entre regocijado y triste,

Poco después partió con los expedicionarios, mientras su señor y el contramaestre seguían hablando de la felicidad que tendrían si volvieresen a pisar la tierra de España.

Pocos días después llegó a las naves la fatal noticia de la muerte de Magallanes y de la derrota de sus hombres. Tras la noticia llegaron los heridos, contando sus cuitas. El Cano comprendió inmediatamente las tristes consecuencias de aquella desventura. Juanillo llegó cubierto de sangre y lodo, con un flechazo en la pierna derecha y una pedrada en la sien. Le lavaron, le curaron y atendieron como a los demás heridos; y apenas recobró el aliento y con él su buen humor fué a visitar a su señor, en cuyos brazos se arrojó con la ternura de un buen hijo. Los dos se conmovieron y estuvieron abrazados unos minutos en silencio. Después de serenarse uno y otro, Juanillo se puso a contar lo que había pasado.

—Dilo en pocas palabras, que no estás para hablar mucho—le advirtió El Cano.

—Seré breve. Llegamos a la isla de Mac-tan, donde se ofreció al reyezuelo paz y concordia. Por más que se insistió en atraerle

con buenas obras y halagüeñas palabras nada se pudo conseguir. Fué preciso salir a tierra. El capitán Magallanes iba al frente de los suyos. Nos metimos por un terreno pantanoso y cubierto de malezas. No habíamos avanzado mucho, cuando vinieron sobre nosotros unos mil quinientos indios, arrojando infinitas flechas, piedras, lanzas y hasta lodo. Tan súbita acometida nos turbó. Los arcabuces empezaron a hacer fuego; mas no llegaban los tiros apenas y causaban poco daño a los indígenas, que se protegían entre la vegetación y tras unos grandes escudos. El enemigo se envalentonaba más y más al ver el poco daño que se le causaba y acometía con más bravura, mientras nosotros empezamos a retroceder en aquel fangoso suelo. Algunos soldados iban quedando muertos, otros se apresuraron a tomar las embarcaciones. Magallanes, siempre valiente y arrojado, defendía la retirada. Nos unimos a él seis u ocho, dispuestos a salvarle o morir. Los enemigos eran innumerables y nos tiraban sus armas arrojadizas a la cabeza y a las piernas, concentrando sus energías y sus tiros contra nuestro jefe. Por fin se nos vinieron tan encima

que apenas nos podíamos revolver. Lograron entonces herir a Magallanes en una pierna, otro indio le hirió en la cara y otro en el brazo. Nosotros le defendíamos e instábamos para que huyese a la embarcación ; mas él quería ser el último en retirarse. Herido luego en la otra pierna cayó al suelo, y por mucho estrago que nosotros hicimos en aquella inacabable multitud de indios, se arrojaron todos sobre él. Entonces, perdido el jefe, hicimos bastante con podernos salvar. El que también se portó como un héroe fué el italiano ese que escribe todo lo que nos pasa y todo lo que hacemos, y que se llama Pigafetta. ¡ Qué estocadas más certeras y mortales las tuyas ! ¡ Con qué agilidad y denuedo se revolvía entre aquella multitud de salvajes ! Desde ahora le tendré en sumo aprecio, pues vi que supo exponer su vida por salvar la del almirante.

—Bueno, basta ya—interrumpió El Cano— ; ahora necesitas descansar y curarte. Ya me lo contarás más detenidamente en otra ocasión.

—¡ Lástima que un héroe como Magalla-

nes tenga un lodazal por sepultura!—exclamó Amurrio.

Con esta derrota perdieron los nuestros gran prestigio ante los cebuanos. El mismo Rey de ellos se decidió a traicionar a los exploradores a fin de destruirlos y apoderarse de sus bajeles y sus riquezas. Para este efecto urdió la más negra traición. Una vez bien urdida y dispuesta, dijo a los españoles que ya tenía preparadas las joyas que deseaba regalar al Emperador; que bajasen a comer a tierra y se las entregaría después del banquete.

Barbosa, que había sido nombrado sustituto de Magallanes, empeñó su palabra de ir al banquete; mas Serrano, que temía una traición, se opuso con varias razones que no pudieron convencer a Barbosa. Este saltó a tierra con unos treinta hombres de los principales; y cuando todos estaban en lo más alegre del festín, se echó sobre ellos un enjambre de indios que los sacrificó a todos, sin darles lugar de defensa. Tan sólo dejaron vivo a Serrano.

Al ver los que habían permanecido en las naves que los indios arrastraban hacia el mar

los cuerpos de los convidados, se pusieron todos en guardia y en disposición de vender caras sus vidas. Poco después apareció un gran pelotón de indios que llenaban el aire de flechas y voces y que conducían preso a Serrano. De pronto se fué acallando el griterío hasta reinar un completo silencio, y entonces se dejó oír la voz de Serrano que advertía a los nuestros que los indios le darían libertad a trueque de dos piezas de artillería. Carvillo, que quedaba de jefe, temió un nuevo ardid y no quiso ceder; mandó levar anclas y hacerse a la mar, desoyendo las voces lastimeras de Serrano, a quien no tardaron en sacrificar los indios entre gran algazara y ruido de tambores.

Desconsolados y tristes salieron los expedicionarios de Cebú, habiendo dejado allí el cuerpo de su almirante y habiendo perdido en negra traición a sus más distinguidos jefes. Llevaban además maltrechos los barcos y enferma la mayor parte de la tripulación.

Caminaron oprimidos y fueron a salir a la isla de Bohol, donde no hubo más remedio que deshacerse de la *Concepción*, porque se hallaba en deplorable estado y apenas ha-

bía gente para tripularla, pues desde San-Lúcar habían perecido ya setenta y cuatro hombres.

Algo reforzados y aliviados, pasaron a Quitpit, donde adquirieron arroz, puercos, gallinas y otros víveres a trueque de rescates; y se dieron a la vela para Borneo. El Rey de esta isla supo la llegada de los navegantes y envió en tres lujosas embarcaciones a su secretario y a varios moros que se mostraron muy cordiales y deferentes, abrazando al capitán, enterándose de su ruta y ofreciendo sus servicios con galantería y desinterés. Los nuestros, no sólo correspondieron a estas atenciones sino que enviaron al Rey, entre otros regalos una capa de terciopelo de carmesí y una silla forrada de terciopelo azul. Como aquella gente manifestaba buen corazón, y el Rey tenía mucho interés en ver a los exploradores, fueron a visitarle con el capitán Gonzalo Gómez de Espinosa siete de los principales, entre ellos El Cano.

En su salida pudieron los nuestros apreciar lo muy poblado de la tierra y los peligros que encerraba el permanecer allí; por lo que decidieron levar anclas. Mas como no tuviesen

brea para carenar las naves, enviaron seis hombres a buscarla. Esperaron por ellos, y viendo que no volvían, temieron alguna celada y se aprestaron a la defensa. Pasó entonces por junto a nuestros bajeles una gran embarcación, que los indios llamaban *junco*, tripulada por gente principal y le dieron caza, reteniendo a sus ocupantes, entre ellos a un hijo del Rey de Luzón, por cuyo rescate esperaban conseguir la libertad de los desaparecidos. De nada les aprovechó este ardid, porque el capitán Carballo, sin contar con nadie, libertó a los presos, cegado por una gran suma de oro que ocultamente le ofrecieron.

Al cabo de dos días vinieron dos de los presos ; pero los restantes quedaron allá. Carballo sufrió con esto el justo castigo a su avaricia, porque entre los perdidos se hallaba un hijo suyo.

Continuaron su odisea los intrépidos argonautas, luchando con las dificultades que les ofrecía el desconocido océano y salvándose milagrosamente de no pocas tormentas y de los temibles bajos que por allí abundaban. Mas el deterioro de las naves llegó a tal ex-

tremo que no era posible seguir avanzando sin que todos se anegasen de un instante a otro, por lo que fué preciso detenerse a reparar averías y carenar las naves en una ensenada que encontraron y que ofrecía bastante buenas condiciones de abrigo.

Saltaron todos a tierra, y todos se pusieron a trabajar con ahinco y sin distinción de clases, sufriendo sin desmayar el trabajo rudo e incesante, que tan costosa labor exigía, en especial el corte y la conducción de las maderas. Añadíase a esto la escasez de víveres y el carácter duro y despótico de Carballo, por lo cual la gente vivía tan disgustada que fué preciso destituirle y colocar en su puesto a Gómez de Espinosa, a El Cano, a quien se nombró capitán de la *Victoria*, y al maestro Juan Bautista de Pancervera, para que entre los tres acordasen lo que procediese y tomasen en común el mando de la expedición.

Este nombramiento acalló los ánimos y fué tan del gusto de todos que no tardó en reinar la alegría y la esperanza en la improvisada colonia.

La honradez de El Cano, la consideración que a todos guardaba, el verle siempre el pri-

mero en los peligros y en las faenas, no tardaron en ganarle el general aprecio y en hacerle descollar más que ningún otro de los nombrados. Acabó de conquistar las simpatías cuando, al emprender de nuevo el viaje, dió la derrota para las Molucas, orientación que ni Magallanes ni Carballo habían querido dar, contra el parecer de la gente, y que era una de las primeras causas del descontento.

Apenas El Cano se hizo cargo de la *Victoria* se ofreció a los soldados y marineros más como amigo que como capitán y mandó que le trajesen el libro de cuentas. Nadie dió razón de él, y se excusaron diciendo que ninguno se había preocupado hasta entonces de tales minucias. Llamó inmediatamente a Juanillo, que se presentó saludando con despejo y diciendo :

—A la orden, mi capitán. Ahora felizmente puedo daros este título.

—¿Sabes escribir y algo de cuentas?—le preguntó El Cano.

—Como un maestro, mi capitán.

—Pues desde hoy—ordenó El Cano—vas a llevar en un cuaderno cuenta corriente de todos los gastos y de todas las compras y ven-

tas. Por las noches me lo presentarás para que yo lo examine.

—Se hará al pie de la letra, mi capitán.

Y así se hizo, día por día ; hasta el fin del viaje.



CAPITULO V

EL CAPITAN EL CANO



animada y fortalecida la gente, y reparadas las dos naves, se dieron a la vela en busca de las islas del Moluco, islas de la Especería, país rico y fantástico y tierra deseada de todos los pueblos marítimos. Los portugueses, celosos de mantener la exclusiva de tan rico mercado, vigilaban cuidadosamente aquellos mares y habían esparcido grandes patrañas acerca de lo difícil y casi imposible que era el acceso a las fértiles regiones del clavo y de la pimienta. Y, como

se ve, el deseo de hallarlas originó el descubrimiento del Mundo Novísimo por el mismo pabellón que sacó de las tinieblas al Nuevo Mundo.

Navegaban la *Victoria* y la *Trinidad* a toda vela y con tiempo bonancible en busca de la tierra del Moluco, cuando observaron que se aproximaba una gran embarcación india a todo remo y que trataba de pasar sin detenerse. Apenas El Cano se dió cuenta de ello, enfiló la *Victoria* tras el descortés junco y no tardó en darle caza, tomando la embarcación con los que en ella iban.

Llevados sobre cubierta los tripulantes, se averiguó que entre ellos iba el gobernador de la isla de Puluan, dependiente del rey de Borneo. El Cano le hizo saber la perfidia de su Rey y le añadió que en justas represalias quedaban todos presos, si no pagaban un fuerte rescate.

—Valiente capitán—dijo el gobernador—, reconozco que muchas veces pagan los súbditos los desaciertos de su Rey ; mas yo nada sabía ni he tenido en ello parte alguna. Vuestros esclavos somos, pero ya que generosa-

mente otorgáis el rescate, decid qué deseáis por él y se os entregará con creces.

—Bien habláis—respondió El Cano—, y ya que os ponéis en razón, no quiero ser riguroso. Solamente os pido cuatrocientas medidas de arroz, veinte cerdos, veinte cabras y ciento cincuenta pollas.

—Se os entregarán sin dilación alguna. Podéis enviar el junco por el rescate o ir vos mismo por él.

No tardó en llegar el rescate estipulado, añadiendo a él gran cantidad de frutos y muchas vasijas, llenas de vino de palma. Los nuestros, en correspondencia a tal liberalidad, devolvieron a los indígenas algunas armas y dos cañoncitos de bronce que les habían quitado y que ellos decían necesitar contra los salvajes piratas.

Continuaron los exploradores su ruta; y más adelante divisaron otro gran junco, tripulado por multitud de fornidos guerreros, que los denostaban y desafiaban con desentonados gritos y ademanes hostiles. El Cano y los suyos no querían aceptar la provocación por no retardar la marcha ni exponerse a perder hombres; mas con tal ahinco y des-

caro se les provocaba que su hidalguía no les permitió dejarlos sin castigo.

Enfilaron, pues, hacia el junco sus naves ; pero tan grande era la calma de la brisa que apenas las empujaba. Lanzaron entonces a la mar dos bateles, con treinta hombres armados cada uno, mientras la gente restante contemplaba ansiosa el bélico espectáculo. Los bateles avanzaron briosamente, y apenas tuvieron a tiro a los del junco, que resultaron ser moros, hicieron sobre ellos una nutrida descarga de mosquetería que les produjo gran estrago y confusión. No tardaron los españoles en apoderarse de los enemigos, matando a veinte de ellos y prendiendo a treinta. De los nuestros murieron dos y salieron algunos heridos.

Orgullosos de su hazaña, aunque algo apenados por la muerte de sus dos compañeros, continuaron los navegantes hasta Sarangari, dirigidos por uno de los moros cautivos. Allí salió a recibirlos el señor de un parao, y sabiendo que se dirigían a las Molucas, les dijo que si deseaban piloto él se lo ofrecía muy experto ; mas a condición de que lo pagasen bien.



...y con voz fervorosa y solemne...

Mandaron los capitanes a buscar al piloto, y una vez que éste llegó les dijo que los acompañaría con gusto; si bien deseaba que le pagasen antes para dejar el dinero a su mujer, que se hallaba muy necesitada. Así se hizo, y el piloto subió a bordo. Apenas entró en la nave, vió que uno de los allí presos era hermano suyo. Los dos se entendieron inmediatamente y aprovechando una ocasión propicia se tiraron al agua para huir. Los españoles, que se apercibieron de la treta, se arrojaron tras ellos y agarrándolos con valentía los subieron al buque, donde los sujetaron con grillos, creyendo que con esta medida no volverían a intentar escaparse. Tampoco esta determinación surtió efecto, pues con grillos y todo se tiraron los dos presos a media noche al agua y lograron salir a tierra. Fué preciso resignarse a seguir navegando a la ventura y sin piloto. En esta crítica situación se dirigió El Cano a los moros que traían presos y les dijo :

—¿Quién de vosotros sabe el derrotero hacia las Molucas?

Todos siguieron sentados en el suelo, sin

dignarse apenas levantar la cabeza y mucho menos contestar.

—El que nos guíe hasta las Molucas—prosiguió—, alcanzará la libertad y será largamente recompensado.

Entonces, adelantándose uno de los prisioneros respondió :

—Señor, yo conozco esa ruta, y os guiaré con seguridad. Sólo distamos cien leguas de dichas islas.

El Cano dió orden de que entonces mismo se le libertase, para que empezara a ejercer su oficio de piloto.

Las tan decantadas islas de la Especiería, que los portugueses habían rodeado de fábulas y leyendas, ya terroríficas, ya fantásticas, eran cinco ; Terrenate, Tidore, Maquian, Baquian y Mutir o More.

—Aquellas son las islas—dijo un día el moro, apuntando hacia los confines del horizonte y dirigiéndose a El Cano.

—¿Por dónde las abordaremos?—preguntó éste.

—Por entre More y Tidore, donde hay un seguro puerto y un Rey muy hospitalario—respondió el piloto.

Todos se aprestaron a entrar en las deseadas islas, como si allí estuviese la tierra de promisión. Apenas se metieron por entre ellas, las dos naves las saludaron con el estrépito de sus cañones y arcabuces. Los argonautas anclaron con gran aparato, ante la multitud de espectadores que salió a verlos. No tardó en presentarse el rey de Tidore, lujosamente ataviado a estilo oriental ; pero con los pies desnudos. Subió a bordo sin recelo y saludó a sus huéspedes con gran cordialidad. Los nuestros obsequiaron al rey Almanzor, que así dijo llamarse, y a su séquito con largos y ricos presentes, a los que él correspondió diciendo, que en todos sus dominios no hallaba cosa alguna digna de tales huéspedes ; pero que si en algo podían valer él y los suyos, allí estaban dispuestos a servirlos en todo, y que contaran siempre con su más sincera amistad.

Los españoles le propusieron la compra de clavo, en vista del ínfimo precio a que podía adquirirse allí, pues se compraban dos quintales de él por un ducado (unas siete pesetas). Almanzor les contestó que si bien él tenía mucho, no estaba aún bastante seco ;

pero que lo traería inmediatamente de Baquian, donde había mucho en buenas condiciones.

En poco tiempo se improvisaron unos barracones junto a la playa, en los cuales no tardó en abrirse un mercado para que los nuestros se proveyeran de cuantas especias podían cargar las dos naves. Los indios acudían solícitos, trayendo clavo, pimienta y comestibles, que entre muchos gritos y continua algazara vendían por ducados, peines, cuentas de vidrios, espejos, cascabeles y otros rescates. Almanzor, entusiasmado por la justicia y legalidad con que se hacían las ventas y por el buen comportamiento de sus huéspedes, juró obediencia a nuestro Emperador, pidió que le dejaran su firma y que le concediesen la bandera para usarla como insignia. Tal afecto había cogido a los exploradores que los forzaba a quedarse con él, y viendo que esto no le era posible, los convidó a tomar en tierra una espléndida comida; pero los nuestros escarmentados de lo que en Cebú les había sucedido, buscaron las mejores disculpas que pudieron a fin de poder rehuir la atención, lo cual sintió en alto gra-

do el Rey moro, que no se podía explicar aquel retraimiento.

Durante los quince días que allí comerciaron los nuestros, mandó Almanzor a buscar un portugués, que vivía en Terrenate, para que se entendiesen con él. Llegado que hubo el portugués a la presencia de Espinosa y de El Cano los abrazó tiernamente y les dijo que los de su nación estaban muy irritados contra Magallanes y que recelosos de los descubrimientos que pudiera hacer y de las ventajas que reportarían al Emperador habían decidido apresar la armada, para lo cual tenían varias naves apostadas en el Cabo de Buena Esperanza y otras en las proximidades del Mar Rojo, y que si no estaban ya en las islas de la Especiería era a causa de las tormentas que les habían hecho resguardarse.

Estas y otras infaustas noticias inquietaron tanto a los nuestros, que les hicieron apresurar la partida y estudiar el modo de seguir una nueva derrota que les evitase el caer en manos de tan crueles enemigos.

Llegada la hora de partir con la preciosa carga de especias y con los presentes y las cartas de vasallaje de los reyezuelos, se des-

plegaron las banderas, tronó la artillería, subieron al cielo los gritos de la multitud espectadora, y la *Victoria* empezó a deslizarse mansamente sobre las aguas. La *Trinidad* debía seguirla ; mas apenas empezó a moverse se observó en ella una gran vía de agua. Hizo señas a la *Victoria* para que volviese al puerto, y examinada la avería se pudieron todos cerciorar de que era de tal calibre que necesitaba tres meses, por lo menos, para la reparación. No es para descrita la pesadumbre que en los navegantes produjo tal contratiempo. Era preciso descargar completamente la nave para repararla. Se acordó, pues, hacerlo así y poner inmediatamente manos a la obra. Entonces, mejor que nunca, demostró el Rey moro su lealtad, enviando sus buzos y sus carpinteros a socorrer a los españoles. Mas como el miedo a caer en manos de los portugueses era muy fundado, se determinó que la *Victoria* emprendiese el viaje a España, quedando allí la *Trinidad* hasta que pudiese seguirla.

En esta ocasión resplandeció en grado sobresaliente el heroísmo de aquellos navegantes. Hasta allí una nave podía ayudar a la

otra o salvar su tripulación ; en adelante irían solos y sin esperanza de auxilio, precisamente cuando acechaban los portugueses para darles caza y cuando las embarcaciones estaban averiadas de tanto navegar y sufrir tormentas. Además, aunque hubiese en aquellas latitudes ruta conocida, no podían utilizarla, sino buscar otra nueva para no caer en manos de sus perseguidores, no restándoles ni el consuelo de arribar a tierra en caso de tempestad o de hambre. La situación era, por lo tanto, de las más desesperadas e insostenibles ; pero nada temieron los intrépidos españoles ; los alentaba la fe en Dios y la confianza en su indomable energía.

La *Victoria*, tripulada por cuarenta y siete europeos y trece indios, decidió salir, aprovechando los vientos del Este. Se despidió de la *Trinidad* con vivas a España y salvas de artillería, mientras los tripulantes de una y otra nave invocaban la ayuda del Altísimo con lágrimas en los ojos y fervor en el alma.

En Tidore quedaba Carballo con cincuenta y tres hombres, cuyo fin adelantaremos aquí brevemente. Después que arreglaron la *Trinidad* se dieron a la vela ; pero con tan

mala suerte que azotados por continuas y deshechas borrascas tuvieron que volver a Terrenate, hambrientos, enfermos y descorazonados. En dicha isla cayeron en poder de los portugueses, y tantos infortunios sufrieron que sólo cuatro llegaron con vida a Lisboa.

Ya se había perdido de vista el puerto de Tidore y aun seguía El Cano, en el puente y fijando sus ojos en los compañeros que allí dejaba. Con el corazón oprimido se sentó unos momentos a reflexionar en el pasado y sobre la carga que actualmente le habían impuesto. Después, como sacudido por súbita energía, se levantó y mirando hacia el horizonte, dijo :

—¡ Llegaremos !—Esta palabra, pronunciada con voz enérgica hizo estremecerse a su paje, que no lejos de él se hallaba sentado con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Juanillo, al oír aquella voz, se levantó como por resorte, limpiándose con el borde de la manga los enrojecidos ojos.

—¿ Tienes miedo ?—le preguntó El Cano.

—No, mi capitán y mejor aún, mi almi-

rante ; me apena la suerte de los que allá dejamos.

—Quedan muy animosos y con un buen capitán, y Dios y el capitán cuidarán de ellos.

—Y nosotros, ¿llegaremos a España?—preguntó tímidamente al paje.

—Llegaremos. Lo presiente mi corazón. No permitirán los cielos que la noticia de tan gran empresa quede sepultada en las profundidades del océano.

—¿Pero llegaremos vos y yo?

—Esto no te dé cuidado. Basta que llegue uno solo con la noticia y con la documentación que traemos. ¡Basta que llegue la *Victoria* con la bandera de España!

BIBLIOTECA NACIONAL
 BIBLIOTECA AMERICANA
 JOSÉ TORIBIO MEDINA

CAPITULO VI

¡ANTES LA MUERTE QUE EL ENEMIGO!



La ruta que los nuestros iban a recorrer era larga, la nave pequeña y vieja, los golfos turbulentos y los enemigos temibles. Lo único que alentaba a los tripulantes era la confianza en el favor del cielo y en el prestigio de su capitán.

A los diez y ocho días de navegación descubrieron las islas de Maluco y Alquira, que no tardaron en dejar atrás. Pero una vez engolfados en la mar se desencadenó tan apa-

ratosa e implacable tormenta que la nave saltaba sobre las olas, amenazando hundirse de un momento a otro. Todos se daban por perdidos ya, creyéndose presa de las ondas y de los rayos. Su habilidad y sus esfuerzos resultaban inútiles; la esperanza y las fuerzas se agotaban. Viendo El Cano que allí fracasaba toda la ciencia de la marinería y que sus órdenes no ejercían autoridad alguna sobre los elementos y que de un instante a otro podía desaparecer la *Victoria* entre las fauces del océano, tuvo un arranque de poderosa inspiración. Se colocó en un sitio estratégico, y con voz fervorosa y solemne, mandó que se postrasen todos de rodillas, pidiendo con ardiente fe la protección del cielo por intercesión de la Virgen Santísima, haciendo voto solemne de ir a visitarla en su Santuario tan pronto como pusiesen el pie en tierra española.

Apenas terminaron aquellos rudos navegantes su fervorosísima plegaria, se dejó sentir la mano del cielo, calmando la tempestad y aplacando las olas. La atmósfera se fué serenando poco a poco, y en todos los pechos volvió a renacer la esperanza. Pero de tanto

batallar con los elementos, la *Victoria* estaba maltrecha, y los tripulantes rendidos y exhaustos. Fué preciso dirigirse a tierra para descansar y tomar aliento y para hacer las reparaciones necesarias, a fin de continuar el viaje. Se acercaron, pues, a la isla de Malúa; pero tantos y tan arrolladores eran los torrentes que de ella se precipitaban y tan abrupta la costa y difícil el acceso, que fué preciso reconcentrar todas las fuerzas y desplegar todas las energías para atracar en paraje seguro y abrigado.

Saltaron a tierra y, donde les pareció lugar más apacible, levantaron unas malas chozas en las que se refugiaron mientras se reponían y mejoraba el tiempo. Apenas éste se mostró despejado, se pusieron con gran actividad a reparar la *Victoria*.

Llevaban de piloto a un moluqués muy decididor e ingenioso, que con sus fábulas entretenía a los tripulantes en las horas de aburrimiento. Pigafetta, que no dejaba de la mano su libro de apuntes en el que iba consignando todo lo que sucedía durante la expedición, era el que más acosaba al moluqués con sus preguntas.

—¿Hay por aquí más islas que esta de Malúa?—le preguntaba un atardecer, mientras bebían vino de palma en compañía de otros muchos marineros.

—Hay varias islas bastante próximas, y dos de ellas muy celebradas en todos estos mares—respondió el moluqués—. Una está habitada sólo por mujeres y otra sólo por enanos.

—¡Si estará por aquí el paraíso de Mahoma!—exclamó Pigafetta.

—Explicad, explicad eso, que debe ser curioso—clamaron a una varios marineros, mientras Pigafetta se disponía a utilizar su cuaderno de apuntes.

El moluqués se arrellanó cómodamente en el suelo y mirando al corro de oyentes que engrosaba por momentos, continuó diciendo:

—En una de estas islas próximas no hay más que mujeres. ¡Y qué mujeres, válgame el cielo! Son fieras como leopardos, y el hombre que trate de arribar a dicha isla, parece sin remedio entre sus aceradas uñas. De tiempo en tiempo baja una nube de lo alto que envuelve a las isleñas y las fecunda. Si

después nace un hijo, lo ahogan ; si es hija la cuidan con esmero. Varias veces se han organizado expediciones a dicha isla ; pero todos los guerreros fueron despedazados inmediatamente por tan furiosas mujeres.

—Con un centenar de castellanos—interrumpió un marinero—me comprometía yo a dominar la isla en menos de quince días.

—Con sólo mi presencia, subyugaba yo a todas esas damas—dijo Pigafetta.

—Una descarga de mosquetería—añadió Juanillo—creo yo que bastaba para meter tal miedo a esas fieras que no quedase ni una en todos los contornos. Solamente con el ruido se asustaban.

—¡ Oh !—exclamó el moluqués—. Arman tal algarabía cuando salen de guerra, que ahogan hasta el estampido de vuestros cañones.

—A la segunda descarga, no chistaría ni un grillo en toda la isla.

—Pero chistarían las grillas—murmuró Amurrio, carraspeando.

—¿ Qué grillas ?—preguntó el piloto.

—Las que estáis metiendo vos para solaz de estos marineros y para que el italiano em-

borrone papel. Pero dejemos esto, y venga la isla de los enanos, que me parece ya verlos salir de debajo de los hongos.

—Sí, cuéntenos eso de la isla de los enanos—rogaron algunos, imponiendo silencio.

—Pues habéis de saber—continuó el piloto—que otra de las islas próximas está habitada por enanos, que no levantan un codo del suelo. Viven bajo tierra, como los topos; cuando salen, vuelan de un lado para otro semejantes a las flechas, dando chillidos agudos y recorriendo los árboles de la espesura en busca de ciertas frutas de que se alimentan. Tienen las orejas tan largas que cuando van a dormir utilizan una de colchón y la otra le sirve de manta de abrigo.

—¡Qué lástima!—dijo Juanillo.

—¿Lástima de qué?—preguntó el piloto.

—Lástima de no llevar para Castilla uno de esos enanos o al menos un par de orejas de ellos.

—Te sobran las que tienes—exclamó Amurrio—para oír patrañas y fábulas.

—Reíos lo que os plazca de mis informaciones—añadió, amoscado, el piloto—; pero

habéis de saber que todo lo que digo es tan cierto como el sol que nos alumbra.

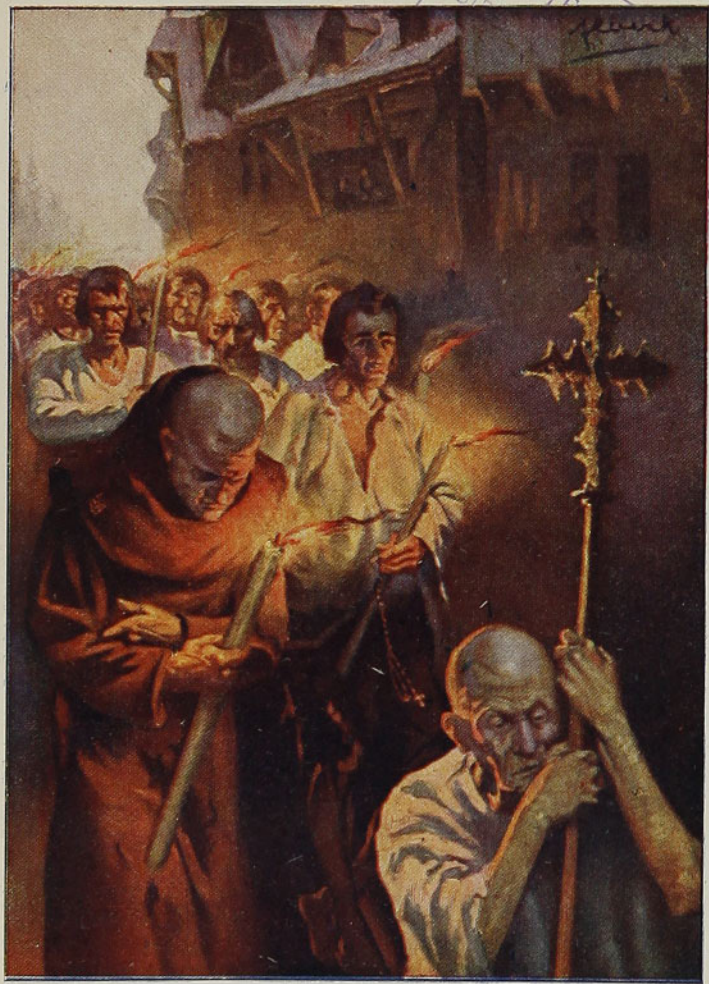
—Tenéis razón—agregó Amurrio—, pues el sol ya se ha puesto.

—¿Entonces, qué diríais—prosiguió el moluqués—, si os hablase de otra isla donde vive un pájaro tan enorme que levanta entre sus garras a un elefante, como si levantase una mariposa, y lo lleva a su nido para alimentar a sus hijuelos?

—Ese pájaro—dijo Amurrio, con tono zumbón—es el que ahora nos convenía para que en un dos por tres nos llevase a España en la *Victoria*. Sería una dicha llegar allá en un voleo y bien abrigaditos con orejas de enano.

Estas animadas y fabulosas conversaciones entretuvieron y alegraron la vida de los argonautas durante los quince días que descansaron en Mulúa. No faltaron algunos que tomaron en serio las fantasías del moluqués y que más tarde las hicieron circular por Europa como ciertas y vistas por sus propios ojos.

Reparada la nave *Victoria*, descansados y repuestos los tripulantes, se dieron a la vela



...los diez y ocho macilentos héroes...

para la isla de Timor, que era más fértil, y llegaron al pueblo de Murubay. Allí bajó Pigafetta con algunos otros para rescatar víveres, sándalo blanco y canela. Observaron que abundaba el oro ; mas como había una infección de bubas entre los indígenas, El Cano reanudó inmediatamente el viaje y se dirigió a Sumatra.

El peligro de caer en manos de los portugueses se acentuaba más y más, por lo que tomaron la heroica resolución de dejar a la derecha la tierra firme y separarse de toda la costa de la India engolfándose por una nueva y desconocida ruta en dirección al Cabo de Buena Esperanza.

Grande fué el arrojo de El Cano, ya que iban solos, y en caso de peligro no podían confiar ni en la proximidad de la tierra ni en el auxilio de bajel alguno por aquellos solitarios mares.

Nueve terribles semanas fueron juguete de los vientos, que a un lado y a otro los empujaban, sin dejarlos aproximarse al Cabo. En este tiempo el hambre y las enfermedades hicieron presa en la tripulación. Gran parte de ella se hallaba enferma, y la restan-

te tan desfallecida que casi empezaba a perder el ánimo y a desesperar. A estas contrariedades se sumaba la furia de las olas que establecían junto al Cabo una barrera infranqueable, a pesar de los esfuerzos y de los persistentes conatos de la *Victoria*, que un día y otro se veía rechazada por el encrespado oleaje.

La lucha era desigual y peligrosa, por lo que algunos de los tripulantes se dieron por vencidos, empezaron a sembrar el desaliento y dejaron asomar a sus labios la palabra : ¡ imposible !

El Cano sabía muy bien la peligrosa situación en que se hallaba, veía con dolor las enfermedades y las angustias que sus gentes padecían, y no perdía ocasión de inculcarles la confianza en lo alto y de darles a conocer la gloria que resultaría de su empresa, llevada a feliz término. No obstante, algunos marinos, hallándose ya en necesidad extrema y temiendo perecer, comisionaron al piloto Francisco Albo, al maestro Miguel Rodas y al contramaestre para que se presentasen al capitán, rogándole que se encaminase a Mozambique a fin de proveerse allí de alimentos

y de agua fresca, pues de otro modo ninguno llegaría vivo a España.

El Cano los recibió con las atenciones que se les debían y haciéndose cargo de la angustiosa situación en que todos se encontraban ; mas les puso ante los ojos la deshonra en que se precipitarían yendo a una isla que era colonia de los portugueses, donde quedarían todos prisioneros, empañando así la gloria de las anteriores luchas, cuando ya casi tenían asida la victoria final.

Las palabras del jefe no acababan de convencer a los comisionados, que aun seguían poniéndole dificultades. Entonces El Cano, haciendo uso de su autoridad les dijo con varonil energía :

—¡ Prefiero mil veces morir antes que caer en manos del enemigo y desdorar cobardemente la gloria de nuestra empresa ! ¡ No cometeré yo la felonía de ir a Mozambique ! Si hay alguno entre vosotros que no lleve en sus venas sangre española, o lo que es lo mismo, sangre de héroe, y que prefiera una humillante deserción a un glorioso triunfo, yo le facilitaré los medios para desembarcar.

Mandó luego comparecer a todos los tripu-

lantes, y de tal modo enardeció sus ánimos que unánimemente, prefirieron el negro porvenir a las manos de los portugueses.

Nadie volvió a chistar en adelante. Todos los que estaban útiles siguieron en sus rudas tareas, hasta que, por fin, consiguieron doblar el Cabo. Desplegaron entonces todo el velamen de la maltrecha *Victoria* y corrieron sin parar y con buen tiempo casi dos meses con mucho trabajo y escasa ración, por lo cual murieron hasta diez y siete hombres en la travesía.

El 1 de julio avistaron las islas de Cabo Verde. Ya no era posible continuar sin víveres, y además exhaustos de fuerzas, a causa de que la gran cantidad de agua que entraba en la embarcación requería casi todo el personal continuamente empleado en la bomba. Elcano se vió precisado a dirigirse a las islas en busca de víveres y a fin de comprar algunos negros que los aliviasen en las faenas de la bomba. Pero las islas eran también del dominio de los portugueses, y había que adoptar grandes precauciones con objeto de no caer en manos enemigas.

Apenas surgieron en Río Grande, perte-

neciente a la isla de Santiago, echaron al agua una chalupa con doce hombres, bien ensayados en el papel que iban a desempeñar.

Llegó la chalupa al muelle, y sus tripulantes dijeron que pertenecían a una armada que iba para América; mas que habiendo sido dispersados por las tormentas, ellos habían vagado a la ventura por aquellos mares y se les habían mermado las provisiones, por lo cual acudían en demanda de ellas.

Esta disculpa les permitió aprovisionarse y tornar a la *Victoria*. Mas como no tuviesen moneda bastante para comprar algunos negros que les hacían falta, volvieron con tres quintales de clavo, lo que infundió sospecha en los portugueses y fué causa de que retuvieran el bote con sus tripulantes y enviaran a la *Victoria* una barca para intimarle la rendición. El Cano pidió que le restituyesen su gente; mas los de la barca respondieron que irían a consultarlo con sus señores. Apenas llegó la barca al puerto se observó en él gran actividad, y pudo notarse que a toda prisa se disponían algunas carabelas a dar caza a la *Victoria*.

Nuestro capitán comprendió el peligro que

le amenazaba, e inmediatamente se hizo a la vela, huyendo con rapidez y con la pena de dejar allí doce hombres, cuando más los necesitaba, y sin adquirir los negros que tanta falta le hacían.

Los diez y ocho hombres que tripulaban la *Victoria* aun siguieron navegando veintiocho días en la miserable situación en que se encontraban y agotados con la incesante faena de achicar el agua, que los acosaba más y más cada día.

El Cano trabajaba como el último de sus marinos, apenas comía ni dormía y no cesaba de otear el horizonte.

—¡Tierra! ¡Tierra portuguesa! ¡El Cabo de San Vicente!—exclamó un día alborozado Juanillo, que estaba de vigía.

No es para descrita la emoción que embargó los pechos de los atribulados exploradores al oír aquella bendita palabra que tantos meses habían esperado. ¡Por fin llegaban!

—¡Virar, virar hacia la derecha!—ordenó El Cano—. ¡A Sanlúcar!

Todos los corazones se abrieron a la esperanza; todos los decaídos tripulantes pare-



De Portugalete pasó a Guetaria

cieron revivir. Se aproximaban a tierra, tenían la felicidad de volver a sus hogares. Cada vez distinguían más claramente los perfiles de la costa. El último esfuerzo, y suyo era el triunfo.

Dos días después, el 6 de septiembre de 1522, entraba la *Victoria* en Sanlúcar de Barrameda, a los tres años menos catorce días de haber salido de allí, y después de haber andado más de catorce mil leguas. De los sesenta y seis tripulantes que habían salido de Maluco, sólo volvían diez y ocho, flacos, descoloridos, enfermos y derrotados.

De rodillas, sobre cubierta, daban gracias a Dios y a su Santísima Madre que de tantos peligros los habían salvado y que los traían a su patria, después de haber dado la vuelta al mundo siguiendo el curso del sol, trayendo las primeras noticias de nuevas rutas y nuevos países, un rico cargamento de especias, y lo que valía más que todo, la gloria y la honra que tan memorable excursión reportaba a la bandera de Castilla.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSE TORIBIO MEDINA"

CAPITULO VII

EL CANO EN ESPAÑA



De Sanlúcar fué remolcada la *Victoria* a Sevilla. Cuando los exploradores se acercaron al muelle ya se había divulgado la feliz noticia de que algunos de los que hacía tres años habían salido de allí acababan de arribar, después de ser los primeros que dieron la vuelta completa al globo terrestre. Una compacta muchedumbre los esperaba, llenando los terrados, los balcones, los muelles y las calles, agitando sus pañuelos y dando vivas a España.

—Recordáis, mi capitán—decía Juanillo, mientras subían por el Betis—, el trágico momento en que dijisteis : ¡ Llegaremos ! Habéis cumplido vuestra palabra.

—La cumplió Dios, que me la puso en los labios. Ahora debemos cumplir nosotros como españoles y como cristianos la promesa que hicimos a la Virgen María. Vete a decir al maestro Rodas que venga aquí al momento con toda la tripulación.

Salió el paje, y no tardó en volver con el maestro y todos sus compañeros.

—Ninguno de vosotros—dijo el capitán— habrá olvidado la solemne promesa que, prostrados de hinojos, hicimos a la Virgen en medio del estampido del trueno, el rugir de las olas y el rebramar de los vientos. Tan pronto como lleguemos a tierra, la primera obligación que tenemos es la de ir al Santuario de Nuestra Señora de la Victoria a visitar a la Madre que tanto y tan visiblemente nos ha protegido. Iremos así, cual nos encontramos ahora, rotos, descalzos y en mangas de camisa, con una vela en la mano, que refleje nuestra fe y nuestra humildad.

—¿ No podríamos adecentarnos un poco ?

—se atrevió a insinuar Pigafetta, mirando de soslayo a la muchedumbre que los esperaba y aclamaba.

—La mejor limpieza es llevar el corazón puro y la intención sana. Preparaos para salir de aquí en devota procesión—dijo El Cano.

Poco después, los diez y ocho macilentos héroes cruzaban las calles de Sevilla, atestadas de gente, con los arreos y en la actitud que les había ordenado el capitán. Rezaron y lloraron primero ante los pies de la Virgen de la Victoria y de allí pasaron a visitar a Nuestra Señora de la Antigua, cumpliendo así el solemne voto que en lejanos países y en terribles circunstancias habían hecho.

Grande fué el asombro que los navegantes causaron en Sevilla, y muchas y variadas narraciones se hicieron de su excursión. Los intrépidos marinos eran el pasmo de todos, y todos los querían ver y oír. No se hacían de rogar nuestros expedicionarios, y en cualquier grupo en que se hallasen, a cualquier sitio adonde fuesen a reparar sus fuerzas o a apagar su sed, allí engrosaba inmediatamente el número de curiosos, que los

contemplaban y oían llenos de admiración. La fantasía de los marinos pintaba con vivos colores la pureza del cielo austral, los tardos movimientos de los pájaros bobos, la brillante constelación llamada Cruz del Sur, la fea y enorme catadura de los gigantazos de Patagonia, la lóbreguez del Estrecho, la inmensidad del Pacífico, las peregrinas aventuras de las islas de los Ladrones y de San Lázaro, las fantásticas y disparatadas fábulas del piloto moluqués, etc., etc.

Así que El Cano cumplió con lo que debía al cielo, escribió una carta al Emperador y otra a su madre. Se hallaba entonces Carlos V en Valladolid, y desde allí contestó al capitán, dándole cumplida enhorabuena y ordenándole que le fuese a visitar en compañía de otros dos : los que él juzgase más aptos y dignos.

La Casa de Contratación de Sevilla recibió también la orden de equipar y vestir dignamente a los recién llegados y harapientos exploradores. Dicha Casa se hizo cargo de las mercancías que había traído la *Victoria*, y que eran más de quinientos veinte quintales de clavo, tres libras y media de canela,

un palo de sándalo de veintiocho libras ; además varias cajas, sacos y costalillos con muestras de otras ricas especias.

El Cano preparó sencilla y rápidamente su visita al Monarca. Salió para Valladolid acompañado de dos de los suyos, llevando algunos indios que habían quedado con vida, los presentes del Rey de las Molucas y la muestra de las especias que ofrecían los fantásticos países descubiertos.

También fueron con su capitán el paje y Pigafetta. Este llevaba al Emperador un ejemplar del libro que había redactado durante la excursión y que tituló : «Primer viaje alrededor del mundo».

Llegados a la presencia del Monarca, se condujeron ante él con gran respeto y modestia, y por su indicación le hizo El Cano una sucinta historia del viaje. Carlos V le colmó de elogios por haber dado la vuelta al mundo como la da el sol y por haber sabido con tanta constancia y arrojo evitar el lazo de los portugueses. Le hizo merced de la cuarta parte de la veintena que a él le pertenecía en las especias ; incluyendo en esta donación a los tripulantes que habían que-

dado en Cabo Verde y que ya habían sido conducidos a Lisboa, de donde fueron reclamados con imperiosa urgencia.

A El Cano se le concedió un escudo de armas con los emblemas del clavo, la canela y la nuez moscada y con un globo en la cimera que llevaba la siguiente inscripción: PRIMUS CIRCUMDEDISTI ME, aludiendo a que fué el primero que dió la vuelta al mundo. Más tarde le hizo Carlos V la merced de una pensión vitalicia de quinientos ducados al año y le perdonó la pena que sobre él pesaba por haber vendido en su juventud una nave suya a los saboyanos, venta que estaba muy prohibida y rigurosamente castigada en nuestras leyes; pero que hizo nuestro héroe por hallarse agobiado de deudas y en la imposibilidad de pagar de otro modo a la tripulación.

Como el capitán de la *Victoria* podía aportar nuevos y fidedignos datos acerca de la conducta de Magallanes y de la sublevación de San Julián, se le pidió un informe para esclarecer los hechos. El Cano dijo sencillamente lo que sentía y lo que había hecho, culpando al almirante de duro con todos, de

parcial con los portugueses y de hostil a los españoles. Las declaraciones de El Cano fueron bien recibidas.

La inaudita aventura de haber seguido al sol en su curso repercutió inmediatamente por toda Europa, ponderándose las grandes ventajas que a los españoles traían los países descubiertos y las riquezas que de ellos se podían obtener.

A pesar de todo, como los nuevos descubrimientos tenían hasta entonces más de científicos que de útiles, el nombre de El Cano tardó poco en desvanecerse en una España rebosante en hombres extraordinarios y en conquistas fabulosas. A nuestro héroe se le negaron el hábito de Santiago, la tenencia de las fortalezas que se levantasen en las islas de la Especiería y un mezquino socorro que imploró para sus deudos. Se vió, pues, reducido a ser uno de tantos pretendientes como entonces seguían al Rey y a su cortejo.

Los portugueses, que con sus maquinaciones no habían podido hacer fracasar la expedición de Magallanes, irritados ahora con la vuelta de El Cano y celosos del poderío español en las islas de Oriente, suscitaron una

movida controversia sobre la situación geográfica de las Molucas, alegando que les pertenecían por estar dentro de la línea de demarcación hecha por Alejandro VI.

Para obviar dificultades y aclarar dudas se nombró una comisión formada por tres letrados, tres pilotos y tres astrónomos de cada parte. El Cano fué uno de los nombrados por parte de España ; otro fué don Fernando, el hijo de Cristóbal Colón, alma de todas aquellas juntas. Se observó desde el principio la mala fe de los portugueses, que, con discusiones inútiles, trataban de perder el tiempo señalado para fallar. Después se vió que en sus planos y en sus cartas marinas acortaban las distancias, a fin de que las Molucas entrasen holgadamente en su demarcación.

Comprendiendo nuestro Rey que así no era posible entenderse, tuvo una de sus geniales decisiones ; cortó por lo sano tales controversias y se entendió con el rey de Portugal dándole trescientos cincuenta mil ducados oro por todos los derechos que pudiese tener sobre dichas regiones. Quedando de esta manera zanjada una cuestión en la que realmen-

te ni el uno sabía lo que vendía ni el otro lo que compraba.

El Cano, después de asistir a las juntas, continuó de pretendiente en la corte; mas como peligraba su persona, quizá por envidia de los portugueses que temerían se decidiese a intentar nuevas exploraciones, o por otra desconocida causa, el Emperador le designó dos hombres de armas que le custodiasen y evitasen cualquier insidia.

Al ver El Cano que en nada se tenían sus pretensiones y que se le pretería sin atención alguna, se desanimaba y decaía de ánimo; y más aún al saber que a Pigafetta, un simple marino, se le dispensaban en Italia grandes recibimientos y muchas atenciones, después de las que se le habían dispensado en Portugal y en Francia, por donde había viajado entre la admiración y los vítores de todos.

Aunque la corte de Carlos V no hacía justicia a las pretensiones del primer hombre que había dado la vuelta al mundo, comprendía, sin embargo, la trascendencia de sus descubrimientos, y para asegurarlos y para establecer una sólida base a fin de proseguir en la gananciosa contratación del clavo

se autorizó la salida de una nueva expedición que fuese a fortificar las islas de Tidore y Terrenate y a establecer allí una colonia que respondiese a las esperanzas que de la región de la Especiería se habían concebido.

Apenas se enteró El Cano de la imperial concesión, dió al olvido las humillaciones que en la corte se le hacían sufrir y la injusticia con que se le negaba el hábito de Santiago, concedido a muchos que no tenían la centésima parte de sus méritos, y sólo pensó ya en preparar bajeles para una nueva expedición, en buscar recursos para construirlos y en animar gente que los tripulase. Abandonó, pues, la corte con gesto despectivo y pasó a Portugalete, donde dió órdenes para que se construyesen cuatro naves con la mayor celeridad posible, porque sabía que en la Coruña se estaban construyendo dos con el mismo objeto.

De Portugalete pasó a Guetaria, cuyo pueblo le recibió con grandes aclamaciones de júbilo, que calmaron los desvíos y sinsabores que había sufrido. Contó con naturalidad y entusiasmo a aquellos marinos la multitud de aventuras que había pasado en su viaje de

circunnavegación, les puso ante los ojos las riquezas y la hermosura de las nuevas tierras y las ventajas que reportaría el conquistar su alianza y el ganar su rico mercado a muy poco coste. No tardó El Cano en captarse la benevolencia de sus vecinos, que unos con su dinero y otros con su persona se le ofrecieron para la futura expedición.

Entre los que se alistaron bajo su insignia, además de dos hermanos suyos, Martín Pérez y Antón Martín, figuraba el entonces joven desconocido y más tarde celeberrimo conquistador espiritual y temporal de las islas Filipinas, Andrés de Urdaneta, que después de sobresalir por sus conocimientos de náutica y cosmografía, por su valor y por sus ingeniosos ardides y recursos para burlar y resistir a los portugueses, se hizo fraile agustino y realizó con la cruz y con la correa de su hábito más conquistas que antes había hecho con la espada.

Con tan buenos auspicios el espíritu de El Cano se reanimaba y no pensaba más que en ultimar su flota, multiplicando su actividad en buscar gente, pertrechos y rescates. En todo le ayudaba su paje, que era ya más



...fué estrellada contra los acantilados...

bien compañero inseparable y siempre leal. Todo lo que tenía de taciturno el capitán, lo tenía su paje de locuaz y decidor. Donde quiera que estaba Juanillo había siempre una gran concurrencia pendiente de sus labios.

Los hermanos de nuestro héroe llegaron a participar de su espíritu emprendedor y no cejaban en la tarea de ultimar los preparativos de la nueva flota.

Mientras una noche repasaba El Cano la lista que le había entregado su paje en la que se anotaban los artículos que últimamente se habían adquirido, decía a su hermano Martín Pérez :

—Aquí tengo ya el nombramiento de capitán de mi nave *Sancti Spiritus* y de piloto mayor y guía de la armada. Además he conseguido una real orden para que a la vuelta de la expedición me paguen los quinientos ducados ; y por si tuviese la desgracia de fallecer en el viaje, dejaré en la Coruña un poder para que puedan cobrar mis herederos.

—Miserables y apurados se muestran los hombres contigo—dijo Martín.

—¿ Por qué ?—interrogó El Cano con alguna extrañeza.

—¿Y tú lo preguntas? Debían de haberte conferido la honra de ser almirante de la armada y caballero de Santiago; y debían de adelantarte oro, para que no nos viéramos en los apuros en que nos vemos.

—Calla, calla; no coroces a los hombres. Dios es el único que sabe corresponder: por él debemos trabajar.

—A todos esos aduladores que forman el cortejo del Monarca...

—Dejemos ese punto—dijo El Cano—. Ahora lo que nos importa es mantener el espíritu de la gente y acelerar los últimos detalles para ir a la Coruña a incorporarnos con el resto de la armada.

—Esta lleva elementos más uniformes, y sin duda tendrá mejor éxito que la primera. Además, no se desdeñan de acompañarnos nobles caballeros y apellidos ilustres.

—Pero las tempestades y las olas no paran mientes en la nobleza de la sangre ni en lo ilustre de los apellidos. De todos modos tengo la esperanza de que no fracasaremos.

—La que está muy apenada es nuestra madre—dijo después de una pausa, algo emocionado Martín—. Cuando se halla sola y se

cree que nadie la ve ni la oye más que Dios, no cesa de rezar y de llorar ; pero ante nosotros se esfuerza por mantenerse serena.

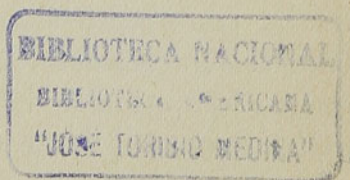
—Más de una vez la he sorprendido enjugándose las lágrimas ; y cuando salimos de casa se queda sobre el umbral mirándonos fijamente hasta que nos pierde de vista—dijo El Cano enterneciéndose.

—A pesar de esto aún me estuvo animando a mí esta tarde a no desmayar en la empresa. ¡ Es una madre... española !

Los dos hermanos, hondamente conmovidos por el mismo afecto, no volvieron a pronunciar ni una sílaba. El Cano hacía como que repasaba las cuentas. Apenas logró reponer la serenidad de su espíritu, se levantó del sillón y dijo a Martín :

—Vamos a tomar la fresca brisa de la noche y a mantener el entusiasmo de la gente.

Y los dos salieron, cuidando de no meter ruido y de que no los sintiese su madre.



CAPITULO VIII

LA NUEVA ARMADA



El hidalgo don García Jofre de Loaisa, Caballero de la Orden de San Juan, salió el 24 de julio de 1527 del puerto de la Coruña con la nueva flota, compuesta de siete naves. Aunque El Cano era el alma de la expedición, no llevaba el mando supremo, acaso por no tener la ejecutoria de hidalguía que de tanta representación era en aquellos tiempos. No obstante, los muchos hidalgos que en la armada se habían inscrito, no tenían a desdoro el llevar a El Cano por maes-

tro y el acatar sus indicaciones, ya que era el más práctico y competente para orientar bien la expedición.

El nombre de la capitana era el de *Santa María de la Victoria*, por feliz coincidencia con la que había dado la vuelta al globo. El Cano mandaba la *Sancti Spiritus*, y a estas dos naves las seguían la *Anunciada*, la *Santa María*, *San Gabriel*, *San Lesmes* y el patache *Santiago*.

Después de una preparación religiosa, cual entonces solía hacerse, y de una solemne y triunfal despedida, se dieron a la vela con buena mar y buen tiempo, llegando sin percance alguno hasta la Gomera. Allí reunió Loaisa en su embarcación una Junta para decidir el derrotero y precaver una posible dispersión de la flota. No hubo dificultad alguna en convenirse, pues todos los oficiales acataron el parecer de El Cano, que era el de seguir por el camino más corto y sin detenerse en punto alguno en busca del Estrecho. Se advirtió además a todos que en caso de dispersión fuesen a reunirse a la bahía de Todos los Santos, esperando allí veinte días; y si aun no se hubiesen reunido todos, los que en

dicha bahía se hallasen podían continuar su ruta, dejando en cualquiera de las eminencias próximas una gran cruz, y a los pies de ella una olla con una carta indicando el punto adonde se dirigían. Las mismas observaciones debían guardarse en el Río de Santa Cruz, que desembocaba junto al Estrecho.

Las siete naves marchaban airoas por la tranquila superficie del Atlántico, sin que a los tripulantes se les ocurriese pensar en los grandes peligros, anexos entonces a tan larga expedición. No hacía mucho que habían salido de la Gomera cuando empezaron a dejarse sentir algunas ráfagas de viento cálido, que los pusieron a todos en gran alarma. El viento arreciaba por momentos, y la atmósfera se cerraba más y más. No tardó en desatarse una espantosa tormenta, que hizo casi impotentes los esfuerzos de la marinería. Las naves corrían como alocadas, y se distanciaban, ya por falta de dirección ya para evitar el choque. Las voces de mando quedaban ahogadas por el ruido de los truenos; los relámpagos eran deslumbrantes; las horas se hacían años entre aquellas angustias, y los marineros rezaban y trabajaban a la vez.

Cuando cesó la tormenta, se pudo apreciar que la capitana era la embarcación que más había padecido ; y costó mucho tiempo y trabajo el repararla.

El 20 de octubre surgieron, por fin, en la isla de San Mateo, isla fértil ; pero de triste memoria en los anales de entonces, porque los indios habían asesinado allí a una colonia portuguesa. Aun se veían esparcidas por el suelo las blancas osamentas de las víctimas. Los exploradores sólo se detuvieron algunos días para proveerse de agua, a la vez que se entretuvieron en cazar pájaros bobos, gallinas y otras aves. Hicieron también gran acopio de huevos frescos, que hallaron en las quiebras de las peñas.

Levaron anclas, y siguieron camino del Estrecho. Mas poco antes de llegar allá se perdieron la capitana y la *San Gabriel* ; esta última apareció al día siguiente, y entonces El Cano le dió la orden de que fuese en busca de la capitana por un sitio, mientras él hacía lo mismo por otro. El caso fué que las dos desaparecieron y El Cano se dirigió con las restantes al Río de Santa Cruz, donde decidió esperarlas.

Temiendo los demás capitanes que pasase la estación propicia, si se detenían allí mucho, y que los hielos les dificultasen la travesía del Estrecho, solicitaron de El Cano con repetidas instancias que se fuesen pronto, dejando la cruz y en ella la olla convenida en lo alto de una roca. El Cano cedió a la demanda y se dió a la vela.

Como El Cano sólo tenía de aquella región las pocas noticias que su cargo le permitió adquirir en el primer viaje, y como por aquellos sitios había tantas entradas parecidas, confundió la boca del Estrecho y metió las naves por unos bajos donde encallaron todas y estuvieron a pique de estrellarse. Tan inesperada y peligrosa situación inquietó los ánimos de los exploradores ; mas El Cano, a fin de no perder el tiempo mientras la marea ayudaba a poner a flote las embarcaciones, ordenó que lanzasen un esquife al agua, diciendo a su hermano Martín :

—Es preciso reconocer este brazo de mar y cerciorarse de si es o no el Estrecho. Que te acompañe el artillero Roldán, que vino por aquí con nosotros la otra vez y que debe conocer estos lugares.

—Yo los acompañaré con sumo gusto— dijo el clérigo Areizaga.

A estos tres se unieron otros tantos valientes que saltaron al esquife. Pertrechados inmediatamente de agua y comida, se alejaron bogando canal adentro. Los demás tripulantes los siguieron con la vista hasta que los vieron ocultarse tras un acantilado. Apenas subió la marea, aunaron sus esfuerzos y pusieron a flote las naves.

Pasaban horas y horas, y el esquife no parecía volver; todos estaban inquietos y oteaban el horizonte con ansia, pues la noche se venía a más andar, y era peligroso el permanecer allí.

—¡No cabe duda; se anegaron!—decía un capitán.

—¡Esperemos!—murmuraba El Cano con angustia.

—Esperaremos inútilmente—dijo el capitán—. No dan señales de vida, y por su causa nos exponemos a perecer todos en tan desabrigado paraje.

El Cano comprendía la razón de los apremios, y además no quería que le echasen en cara el exponerlos a perecer allí por esperar a

su hermano. Muy a pesar suyo y con la gran amargura de perder la gente del esquife, dió a la flota orden de partir. Salieron, volviendo incesantemente la vista hacia aquel brazo de mar, hasta que perdieron toda esperanza y siguieron en su navegación hasta encontrar el Cabo de las Vírgenes, donde anclaron. A media noche se levantó tan furiosa borrasca que todos creyeron perecer. Tal fué el ímpetu del huracán y de las olas que la nave *Sancti Spiritus* fué estrellada contra los acantilados y se hizo astillas en la costa. Las otras arrojaron a tierra la artillería y la carga que pudieron y lograron salvarse ; pero muy mal paradas. El Cano, pesaroso de haberse perdido su embarcación, se pasó a la *Anunciada* y pudo meterla en un puerto seguro, a la entrada del canal.

Apenas amainó la tormenta y pudieron serenarse todos, su primer cuidado fué el de enviar gente en busca de los que habían salido en el esquife, pues El Cano no podía convenirse de que hubieran perecido.

—Domínguez—dijo El Cano a un decidido explorador—, es necesario que mientras reparamos aquí las embarcaciones, salgas con



Sentados una tarde sobre las duras rocas...

un pelotón de hombres en busca de la gente del esquife, y que no vuelvas aquí sin traerlos.

—Con mucho gusto, por lo que a mí hace ; pero la mar es muy traidora.

—Iréis por tierra ; la ría donde los dejamos no está lejos.

—Supongo que nos esperarán más que los esperamos a ellos.

—Estaremos aquí hasta que volváis. El puerto es seguro y hay mucho que hacer.

Al día siguiente, salvando ensenadas, barrancos y cuevas, admirándose aquí y pasándose allá de la multitud de raras aves que por todos los sitios se veían huir atemorizadas, iban cuatro exploradores, bien equipados y con andar ligero, en busca de la gente del esquife. Llevaban ya caminadas doce leguas cuando les sobrevino la noche y tuvieron precisión de buscar donde guarecerse hasta el futuro día. Encontraron varias oquedades próximas a la costa, y en una de ellas encendieron una gran fogata, repararon sus fuerzas y durmieron tranquilos sobre montones de hojas y sin olvidar la indispensable precaución de mantener la guardia.

Apenas se dejó ver la aurora y se percibieron los primeros graznidos de las aves marinas que saludaban el nuevo día, reanudaron los caminantes sus exploraciones en busca de la gente del esquife. Como estaban ya más cansados que el día anterior, les era muy costosa la marcha, por lo que hacia media tarde ya querían algunos hacer alto en un ameno vallecito y esperar allí la noche ; mas Domínguez los alentó, diciendo :

—Me parece que ya está cerca el brazo de mar donde encallaron las naves ; subamos esta colina que corta el horizonte, pues sin duda que a la opuesta vertiente se encuentran los que buscamos. De todos modos ese alto próximo siempre será un buen sitio para hacer fuegos que puedan observar los del esquife, si es que están vivos aún.

Subieron al alto con gran fatiga, y desde la cumbre divisaron un extenso valle, regado por un brazo de mar.

—¡ Allí, allí encallamos !—decía un marinero, señalando hacia el fondo del valle.

—¡ Por allí fueron los del esquife !—añadían otros, apuntando al canal.

—Lleguemos a esa cumbre cercana y po-

dremos así explorar la ruta hasta muy adentro—ordenó Bartolomé Domínguez.

Todos se encaminaron hacia donde se les indicaba, y por muy detenidamente que miraron, nada pudieron distinguir. Reunieron gran cantidad de ramas, echaron alguna tierra encima y prendieron fuego. No tardó en elevarse una densa columna de humo. Ataron después a la cima de un árbol una camisa blanca y se sentaron todos a comer y descansar, menos uno que desde el pico de alta roca se quedó de vigía.

Apenas habían empezado a comer, cuando el vigía exclamó :

—¡ Allí, allí están ! ¡ Por allí vienen !

Todos se levantaron apresuradamente y corrieron a cerciorarse.

—¿ Dónde están ?—preguntó Domínguez.

—¡ Ahí, ahí cerca !—exclamaba el vigía—. ¡ Miradlos ahí abajo !

Efectivamente, abajo, casi a sus pies estaban los desaparecidos, dentro de su esquite, agitando los pañuelos y dando voces de júbilo.

Antes de una hora ya se hallaban todos reunidos, abrazándose y contándose mutuamente sus aventuras. Buscaron un buen abri-

go en la costa, prepararon con gran alborozo una succulenta comida, y mientras la saboreaban les contó el artillero Roldán lo siguiente :

—Apenas nos internamos por el brazo de mar adelante, yo seguía convencido de que éste era el paso hacia el Pacífico ; mas el señor clérigo Areizaga y el señor Martín quisieron cerciorarse bien, por lo cual seguimos bogando. Entonces también me entró a mí la duda, y todos saltamos a tierra para explorar detenidamente desde unos altos próximos. Después de mirar y remirar mucho y de andar bastante nos cercioramos de que éste no era el Estrecho. Volvimos desilusionados y presurosos al esquife ; pero como había bajado la marea, le encontramos tan encallado que no pudimos ponerle a flote. Esperamos la nueva subida del agua, y entonces se nos anegó por completo. Cuatro días anduvimos por estos contornos muertos de hambre y alimentándonos de raíces y mariscos. Por fin conseguimos apoderarnos del esquife y repararlo. Vimos que en una isleta pernoctaban infinitos aviones, pájaros bobos y otras aves marinas, y un día al obscurecer bogamos hacia

ella, nos ocultamos bien y cuando cerró la noche, armados de teas que fascinaban las aves a la par que las descubrían, cazamos cuantas quisimos y aun traemos abundante provisión de ellas y de huevos frescos. La mayor parte de nosotros desesperábamos ya en estas soledades y acaso hubiéramos fallecido a no ser por el señor cura que nos infundía ánimos y se ingeniaba de mil modos para entretenernos, consolarnos y hacernos confiar en Dios. No está bien que lo diga aquí; pero el señor Areizaga fué nuestra providencia.

—Nuestra providencia fué Dios—interrumpió el clérigo—. Las oraciones y el santo rosario, que todos los días con ardiente fe dirigíamos al cielo, nos conservaron la esperanza y nos alcanzaron la dicha presente.

—¿Y qué pensaban hacer, si no llegamos a venir en su busca?—dijo Domínguez.

—Teníamos la completa seguridad de que no nos abandonaríais—dijo Areizaga—, y la convicción de que vendríais tarde o temprano o de que algún bajel pasase por aquí. Habíamos ideado poner una visible señal en la costa, construir una segura y cómoda vivien-

da y esperar cazando y pescando. Eso íbamos a realizar ahora, cuando vimos elevarse la columna de humo de entre aquellos peñascos que se ven allá en el fondo. Dios oyó nuestras oraciones.

Aquella tarde se acostaron temprano y durmieron hasta bien entrado el día siguiente. La vuelta se debía hacer con tranquilidad y sin apremios, ya que no había prisa alguna. Recogieron del esquife lo que buenamente pudieron llevar y emprendieron el camino hacia donde quedaban los restantes exploradores, que era a veinte leguas al Sur.



CAPITULO IX

DESVENTURAS Y DICHAS



Desde su refugio en la boca del Estrecho tampoco olvidó El Cano a la *Sancti Spiritus* con sus despojos, y para que aprovecharan de ella lo que fuera posible envió allá a Urdaneta con cinco hombres.

Cuando éstos se hallaban muy atareados recogiendo y apilando en la playa las mercancías de la nave deshecha, la artillería, municiones, vino y jarcia, vieron venir a Domínguez con todos los del esquife. Se saludaron mutuamente con vivas y gritos de júbilo, uniéndose luego todos en la penosa tarea.

Hacia media tarde divisaron en el horizonte una vela, después otra y otra ; Urdaneta corrió inmediatamente hacia unos peñascos, se irguió sobre ellos y empezó a hacer señas con un lienzo blanco. Los bajeles no tardaron en darse cuenta de las señas que se les hacían, y se fueron acercando poco a poco a tierra. Eran la nave capitana, la *San Gabriel* y la *Santiago*. Sus jefes, después de haber leído la carta que dejó El Cano dentro de la olla, iban en busca del Estrecho.

Loaisa mandó a la playa un bote para que se enterase de cerca de lo que allí había sucedido, y una vez que supo el desastre de la *Sancti Spiritus*, no quiso detenerse, sino que fué en busca de El Cano. Apenas se unió con él, le mandó que saliese a recoger la gente y los bagajes de la *Sancti Spiritus*. Fué El Cano con tres bajeles a cumplir su comisión y, llegado que hubo, embarcó la gente y los pertrechos. Tan pronto como trataron de emprender la vuelta, se desencadenó una gran tempestad que disolvió la flotilla y alcanzó hasta el paraje donde se refugiaba la capitana a la que golpeó con tal fuerza que casi la anegó toda ; y la azotó repetidas veces contra

los peñascos. Creyéndola destrozada y perdida, saltaron todos a tierra, menos el maestro y los marineros, que seguían luchando por salvarla.

Así que se calmó un poco la tormenta, ordenó Loaisa que todos los bajeles pasasen a unirse en el Río de Santa Cruz, donde había una ensenada que los podía abrigar, ya que la boca del Estrecho ofrecía tanto peligro, y era necesario reparar la capitana.

La *Anunciada* no pudo entrar en el puerto, y, después de bordear varios días, encalló a la entrada del río. Tan pronto como se puso a flote volvió a ser juguete de las olas. Por fin, se encontró con la *San Gabriel*, que iba en busca del río. Las dos navegaron juntas algunos días hasta que, desesperados sus capitanes, terminaron por separarse. El de la *Anunciada* decidió ir a las Molucas por el Cabo de Buena Esperanza ; y hacia ellas emprendió la derrota sin piloto, sin bateles y sin anclas : no se supo más de él. La *San Gabriel* fué a parar a Pernambuco, cayendo en manos de los portugueses, que trataron muy mal a la poca tripulación que allí llegó viva.

La *San Lesmes*, empujada por el fuerte vendaval, corrió hacia el Sur sin poderse detener, y llegó hasta donde les pareció a los marineros que era «el acabamiento de la tierra»; es decir, que llegaron, según se pudo comprobar más tarde, hasta el Cabo de Hornos.

Después de algunos días y muchos contratiempos, terminaron por reunirse los bajeles en el Río de Santa Cruz, lamentándose de las tres naves que habían perdido y de lo maltrecha que tenían la capitana, pues apreciaron en ella que tenía rotas tres brazas de quilla y todo el codaste.

Loaisa y El Cano se hallaban pesarosos y meditaban sin desplegar los labios sobre tantas y tan seguidas contrariedades, que tanta amargura les producía al presente y que tan negro les presentaba el porvenir.

Sentados una tarde sobre las duras rocas, los dos fijaban los ojos en la capitana, que, con la quilla al pálido sol de aquellas latitudes, esperaba las manos amigas de los obreros que la habían de reparar.

—Parece—dijo Loaisa, apuntando hacia la

nave—que está implorando la misericordia del cielo con las entrañas abiertas.

—Así es—añadió El Cano— ; cualquiera se creería que el cuchillo de un gigante la abrió de proa a popa.

—Tienen mala suerte nuestras naves— prosiguió el general—. La vuestra se convirtió en astillas, y la mía ya vemos cómo está.

—Peor suerte ha cabido sin duda a la *Anunciada* y la *San Gabriel*. ¿Dónde estarán ?

—Sólo Dios lo sabe ; que él las tenga de su mano—respondió Loaisa.

—Si no sobreviene algún contratiempo y si la gente sigue trabajando con los bríos de ahora, dentro de un mes volverá a estar la capitana como nueva—terminó diciendo El Cano.

Ambos se volvieron a sumir en sus profundas meditaciones. Ni el uno ni el otro dudaban de reanudar su viaje y de pasar el Estrecho, apenas estuviesen en condiciones. No sabían lo que era el miedo ni conocían la palabra imposible. Aquellos héroes de acerado temple luchaban y luchaban por realizar su idea y por llegar al fin, mirando siempre adelante y nunca hacia atrás. Cuando ahora

leemos sus viajes y sus aventuras escasamente nos damos cuenta de su arrojo, rayano en la osadía.

Hoy, que ya se adelantó tanto en la construcción naval, que se conocen los vientos que dominan en todas las regiones, que hay mil puertos amigos donde refugiarse, que se hallan los mares recorridos por infinidad de embarcaciones y que se conocen sus rutas, sus bajos, corrientes, ensenadas y puertos casi tan bien como en la tierra ; hoy que además de estas ventajas se goza de la telegrafía inalámbrica que avisa al instante de cualquier peligro ; hoy, decimos, con tantas facilidades y tantos adelantos, no podemos comprender el heroísmo de aquellas gentes. ¿Quién se atrevería en nuestro siglo, aun con tales ventajas, a dar la vuelta al mundo en una nave como la de El Cano? ¿Y quién se arriesgaría a volver, como volvió él, por la misma derrota y en parecidas condiciones?

En los tiempos de Loaisa y de El Cano los mares y los continentes estaban mal conocidos o eran completamente ignorados ; el andar de las naves se medía muy mal ; no se calculaban bien las variaciones de la aguja náu-

tica ; las tablas de declinación eran inexac-
tas ; las naves eran pequeñas y de madera ;
no había puertos conocidos ni pueblos ami-
gos, por lo cual muchas veces se perdían o
encallaban, o cuando más hambrientos o se-
dientos surgían en alguna tierra, la encon-
traban estéril o se les venían encima tribus
hostiles y antropófagas...

Hago esta corta digresión para que mis lec-
tores recuerden la valentía que necesitaban
tener aquellos expedicionarios y para que no
se extrañen de que aplique el justo calificativo
de *héroes* e *inmortales* a cualquiera de ellos,
que cuanto más de cerca se estudian más
grandes aparecen a nuestros ojos.

Hecha esta corta y necesaria salvedad,
prosigamos con nuestra historia.

La reparación de la capitana era penosa y
exigía mucho tiempo y mucho trabajo. Se
dieron inmediatamente las órdenes oportu-
nas para poner manos a la obra, se improvi-
saron fraguas, sierras y carpinterías, y se
acudió a los montes próximos en busca de
madera.

A este trabajo, ya de suyo penoso, se aña-
día el que gran parte de la gente se veía pre-

cisada a trabajar con el agua hasta la cintura, por lo que se debilitaban y enfermaban muchos. Pero en medio de tantas fatigas, tenían la inapreciable ventaja de hallarse todos unidos entre sí y conformes con el parecer y la disciplina de sus capitanes. Además, no escaseaban los víveres, especialmente el pescado que diariamente se cogía en gran abundancia y con suma facilidad ; y no faltaba alguna que otra vez carne fresca que solían traer los cazadores, ya que para evitar el ocio y para que todos aprovecharan bien el tiempo, los que no estaban actualmente trabajando salían en grupos a dar batidas por los bosques y solían volver bastante bien pertrechados de caza.

Los patagones se habían alejado de aquellos contornos al ver aquella gente y aquellas naves, y al oír el estampido de la pólvora : todo era para ellos o sorprendente o terrorífico. Sólo alguna que otra vez se divisaba la horrible figura de los indígenas en las cimas lejanas.

—Si tuviésemos aquí—decía Roldán—una docena de esos descomunales patagones nos harían el gran servicio para transportar ár-

boles y para meterse en el agua y adobar la nave.

—Yo creo que uno de esos grandes troncos —añadía Juanillo— lo traerían ellos como un palo de escoba ; y que el agua que nos llega a nosotros al cuello, apenas les llegaría a ellos a las rodillas.

—¿ Pero tan tremendos son esos hombres ? —decía el maestro de la capitana.

—Hágase cuenta que son tan altos como el palo mayor de su nave—respondió Juanillo.

—Un poquito menos, un poquito menos— interrumpió el clérigo Areizaga, que tampoco había visto de cerca hasta entonces a ningún patagón.

—Lo que les aseguro a ustedes—decía Juanillo, ahuecando la voz—, es que son descomunales. Yo ya me las hube con algunos de ellos, cuando pasamos por aquí la otra vez. Y el otro día, mientras esperábamos la capitana en la boca del Estrecho, logró mi señor El Cano atraer uno a la embarcación, y no les digo más sino que de cada bocado se comía la ración de galleta de tres de nosotros y que de cada trago se bebía medio cubo de agua.

—¿Y son muy terribles?—preguntó el maestro.

—Son almas de chiquillos en cuerpos de gigante. Tienen una caraza ancha y grande como un pandero, y pintada de rojo y amarillo. Los pies son enormes y aplastados, y por eso, cuando pasamos antes por aquí, les pusimos el nombre de *patagones*. Cubren el cuerpo con la piel de un animal que en parte se parece al caballo y en parte al asno, y que se llama cebra. Son repugnantes a la vista, dan unas voces desacompasadas, no dejan nunca el arco y las flechas, y llevan como adorno un penacho de plumas de avestruz. Así son todos los que vi hasta ahora, incluso el que fué a la nave el otro día.

—¿Y qué religión tendrán?—preguntó Areizaga.

—Según lo que pudimos averiguar por uno que llevamos con nosotros la primera vez que por aquí pasamos — respondió Juanillo — no conocen más dios que al diablo, al que llaman Setebos ; y dicen que cuando alguien se muere se le presentan diez o doce demonios, cantando y bailando a las órdenes de Setebos.

—¡Pobres gentes!—exclamó Areizaga—.

¡ Cuándo querrá Dios que reciban los beneficios que consigo lleva la luz del Santo Evangelio !

En este punto de la conversación se hallaban, cuando llegó Domínguez, el cual, después de saludarlos cortésmente, les dijo :

—Vengo a proponerles una cacería, que va a ser sonada y de mucho provecho.

—Por mí, acepto la invitación—se apresuró a decir Roldán.

—¿ Qué clase de cacería es esa ?—preguntó Areizaga.

—Una cacería de focas o lobos marinos—respondió Domínguez—. Venimos observando hace ya varios días que salen a tomar el sol y a dormir muchos lobos marinos, al islote aquel que se levanta hacia el Sur entre las olas. Según hemos comprobado, esos animales se mueven en tierra con más dificultad que los pájaros bobos : se arrastran penosamente. El caso es ir allá con mucho sigilo, saltar de repente al islote, cortarles la retirada y matar en un santiamén una docena de ellos a pedradas, hachazos y palos. Son como terneros, y deben tener mucha y muy buena carne,

—Convenido—dijo Areizaga.

—¿Y no acometerán?—preguntó Juanillo.

—¡Qué miedo se les va a tener, si apenas se pueden arrastrar sobre la arena!—exclamó Domínguez.

—¿Y cuándo va a ser la cacería?—añadió Roldán.

—Nos hemos fijado—respondió Domínguez—en que después de las doce del día es cuando hay más lobos en el islote; así es que a esa hora les iremos a dar caza.

—Sí, mientras toman el sol y duermen la siesta—asintió el maestro.

Aquella noche no se hablaba de otra cosa más que de la cacería de lobos marinos; todos los expedicionarios se querían apuntar para ir al islote; mas se convino, por fin, en que sólo fueran treinta y seis de ellos. Se dispusieron con gran diligencia ganchos enormes, pesadas mazas, gruesos palos, hachas y alabardas; y al día siguiente, a la hora propicia, los cazadores, divididos en grupos de a seis, se dirigieron al islote dispuestos a traerse, por lo menos, una docena de focas.

Se acercaron sigilosamente, aprestaron sus armas, y cuando les pareció buena ocasión,



Resolvió, pues, hacer su testamento...

se lanzaron todos a una, ardorosamente sobre la presa. Las focas, asustadas de tan súbita acometida, unas se tiraron de las peñas al agua y otras se deslizaron penosamente sobre la arena, no sin llevar su buen porqué de golpes. Sólo una foca, que sin duda se hallaba dormida, cayó en manos de los cazadores, los cuales la tundieron a palos y hachazos. Con tan mezquina presa se volvieron algo mustios, hacia el campamento.

—¡Qué piel más dura tienen!—exclamaba Roldán—. Yo le dí a uno de esos malditos lobos varios hachazos y apenas le hice un rasguño.

—¡Hay que ver los golpes que yo dí a uno de ellos—decía el maestro—, y aun así se deslizó hasta el agua!

—Pero éste las pagará todas—añadía Juanillo—, no vamos a dejar de él ni los hígados.

Varios cazadores pidieron tener participación en los hígados, porque casi todos iban escupiendo bilis a causa del fracaso.

Al llegar al campamento fueron objeto de algunas pullitas por parte de los que allí habían permanecido. Se procedió después a desollar la foca y a asarla. Creyeron haber

hecho una buena presa, porque en el cuarto delantero tenía gran cantidad de carne. Cuando la fueron a comer, vieron que era de mal gusto y que sólo se podía aceptar a falta de otra cosa mejor, por lo que decidieron renunciar a una cacería tan dificultosa como de poco provecho.

Al día siguiente Roldán, Domínguez, el maestre y otros, observaron que la piel de su cuerpo se les iba desollando poco a poco. No comprendían la causa de aquella nueva enfermedad, hasta que Areizaga les dijo :

—Me vengo fijando en que tan sólo se desuella la piel de aquellos que comieron lobo marino. Pregunté ya a varios pacientes y todos confiesan que comieron de ese hígado fatal.

—¡ Voto a todas las focas del islote—exclamaba Roldán—, que estoy por volver allá y no dejar una de ellas con hígado !

Las faenas de la nave y las distracciones de la caza y pesca entretuvieron a la gente durante el mes que allí permaneció, y que fué el único y el último mes feliz que disfrutaron los exploradores.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

BIBLIOTECA CORONA

CAPITULO X

MUERTE DE EL CANO



Poco más de un mes tardó la capitana en quedar completamente lista y como nueva. También se repararon en este tiempo los pequeños deterioros que las otras naves habían sufrido.

Loaisa ordenó, pues, que se diesen a la vela y que, aprovechando el buen tiempo, navegasen en busca del paso hacia el Pacífico. El Cano se pasó a la *Victoria* de orden del general para facilitar la inteligencia y la rapidez de las órdenes ; aunque realmente le

quiso llevar consigo Loaísa, porque él se hallaba con pocos ánimos y muy amargado por la pérdida de los tres bajeles y por las incessantes borrascas que les habían sobrevenido.

El Cano seguía manteniendo el espíritu de la gente ; pero no dejaba de sufrir, temiendo ver frustrada una expedición en la que arriesgaba su crédito y en la que tan halagüeñas esperanzas había fundado. Además, tenía alguna desconfianza en el paso del Estrecho, ya que las condiciones en que antes le había franqueado no le permitieron conocerle con exactitud. Así es que lo mismo el general que el capitán tenían que sobreponerse a sus melancólicos pensamientos para hacer coro a la alegría que reinaba entre los demás.

Llegaron felizmente a la boca del Estrecho, y apenas se internaron por él, erraron la derrota, y todas las naves fueron a encallar en unos bajos, donde creyeron anegarse y de donde les costó mucho trabajo el salir. Después siguieron navegando cautelosamente y reconociendo los arcones y las angosturas que encontraban, en cuyas exploraciones emplearon varios días. Todo era allí misterioso y terrible. Apenas se divisaba alguno que otro in-

dígena de los que en las márgenes habitaban y que al ver y sentir la llegada de los exploradores corría a esconderse entre las rocas o en los más intrincado de los bosques. Cincuenta y un días tardaron los navegantes en recorrer las ciento diez leguas del Estrecho ; paso que antes habían recorrido en veinte días. Pero salían de él en la convicción de que le habían estudiado y le conocían detalladamente.

Apenas desembocaron en el Pacífico, se les ensanchó el espíritu y saludaron con alborozo y estrépito las nuevas aguas, creyendo sin duda haber salvado ya todos los peligros y verse libres de borrascas e infortunios. Mas el Pacífico, que como tal se había mostrado en la expedición de Magallanes, apareció ahora según es, en toda su bárbara impotencia y con sus desencadenadas y aparatosas tempestades. El día 1.º de julio se enfureció de tal suerte que dispersó las naves, y no hubo modo de volverlas a reunir, ni jamás volvieron a encontrarse. La capitana, *Santa María de la Victoria*, corrió alocada, vagando algunos días a merced del vendaval, que la empujó a más de trescientas cincuenta le-

guas del Cabo Deseado, que estaba a la salida del Estrecho. Por ninguna parte había tierra próxima. Los exploradores se encontraron en aquella inmensidad solitaria desamparados por completo y con la nave haciendo agua por varios sitios. Las bombas no paraban de funcionar y las fuerzas de la tripulación se agotaban. Cuando más trabajo y más penalidades había fué precisamente cuando empezaron a escasear los alimentos y hubo que distribuir unas raciones mezquinas. Las enfermedades se cebaron en aquellos cuerpos débiles, y casi todos los días se arrojaban cinco o seis cadáveres al agua. Era preciso hacer el último esfuerzo y llegar a las Molucas a fin de repararse ; pero ¿llegarían? y ¿cuántos llegarían?

El Cano, como siempre, daba a todas horas sublime ejemplo de abnegación y conformidad ; se acomodaba a las más rudas faenas y se atenía a la mísera ración de los demás. Aunque era de sana complexión y robusto temple, no podía menos de resentirse ante las invencibles dificultades que sobre él se aglomeraban. La dispersión de la flota, la muerte de tantos de los suyos, la insostenible situa-

ción a que se hallaban reducidos y el fracaso inminente de todos sus proyectos, sumado todo al rudo trabajo corporal, a la falta de abundante y escogida alimentación y a lo mortífero del clima, terminaron por retenerle postrado en el lecho, presa de altísima fiebre.

El 26 de julio pasó la *Victoria* la línea equinoccial ; mas nada regocijaba ya a El Cano, que se sentía morir por instantes. Resolvió, pues, hacer su testamento.

Las primeras disposiciones que dictó fueron encaminadas a las cuestiones religiosas y a los sufragios que por su alma debían celebrarse ; después repartió equitativamente su hacienda, hizo algunas mandas pías a la parroquia de Guetaria, al hospital, al pueblo, a los pobres, etc. Todo ello debía pagarse con *1750 ducados que le debía el Rey y mil ducados que tenía de sueldo por su capitánía.*

Entre los testamentarios nombró a su capitán Loaisa ; mas éste se hallaba tan acongojado y aplanado por los desastres de la armada y lo maltrecho de la *Victoria*, que no salía de su postración, y murió poco después casi repentinamente.

Abrieron luego los oficiales la Provisión

secreta del Rey, y vieron que nombraba a El Cano por sucesor de Loaisa. Pasaron a comunicárselo con la esperanza de que esta prerrogativa le hiciese revivir. Le leyeron el nombramiento del Monarca con las solemnidades que allí se podían observar y le dieron la enhorabuena con palabras llenas de cariño. El Cano apenas dió muestra alguna de satisfacción ; tomó el alto honor que se le hacía como si no fuera con él.

—Alegraos—le dijo el piloto—, Dios os conservará la vida para que disfrutéis de esta merecida honra y nos llevéis a buen puerto.

—La felicidad—replicó El Cano—es para mí una sombra que se me presenta cuando ya no la puedo gozar. Sólo la gozaré más allá de la tumba, si a Dios place.

—No desmayéis, que aquí estamos todos prestos a obedeceros y a servirlos.

—Gracias—murmuró el capitán—. No quiero forjarme ilusiones. Siento que la vida se me acaba. Si el Señor me la conserva, seguiré siendo vuestro hermano, como lo he sido hasta el presente. Sólo me resta prepararme para bien morir. ¿Nada sabéis de las otras naves?

—Nada, señor—respondió el piloto—. Mas ya conocen nuestra derrota, y es probable que las encontremos en las Molucas.

—Las encontraréis, que yo no espero llegar allá—dijo El Cano.

Todos se retiraron compungidos del camarote. A los pocos momentos entró el artillero Roldán a servir a El Cano.

—¿Cómo no viene mi paje?—preguntó éste.

—Se halla enfermo, señor.

—¿Está muy grave?

—Bastante; pero nos advirtió que si se moría no se lo dijéramos a su amo.

—¡Ni aun muerto quiere darme un disgusto!—dijo el almirante.

Al día siguiente nombró El Cano piloto a su hermano Martín Pérez, y contador a un sobrino de Loaisa. Fueron los dos únicos actos de jurisdicción que ejerció durante los cinco días que le quedaron de vida.

En sus últimos momentos no hacía más que invocar el santo nombre de Dios y de su Santísima Madre, y preguntar con insistencia por las otras naves.

A pesar de todos los esfuerzos que se hi-

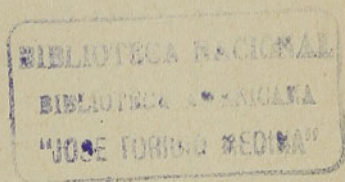
cieron no fué posible atajar la calentura que poco a poco le iba minando la salud y consumiendo la vida. El día 4 de agosto de 1526 entregó su alma a Dios. Al día siguiente se le hicieron las exequias, que en tales coyunturas y con tan escasos medios se solían hacer y que consistían en sendos Padrenuestros y sendas Avemarías que con todo el fervor de su fe religiosa rezaban los tripulantes en el grandioso templo de las soledades del Pacífico.

Después de tan tierna y religiosa despedida, las olas del mar abrieron sus cristalinos brazos para recibir en su seno al más glorioso navegante de su siglo y para recoger su cadáver y colocarlo en el sosegado y transparente mausoleo de su insondable fondo.

En esta ocasión podemos hacer nuestra una de las inspiradas estrofas dedicadas al héroe por un laureado vate, y que dice así:

Tumba dió el mar a tu grandeza digna,
postrer tributo a tu preclara historia;
la inmensidad que te acogió en su seno
cubre tu gloria.

Tal fué la muerte de El Cano. Ni siquiera gozó el consuelo de que sus cenizas reposasen en el seno de la patria que le vió nacer ; y aunque hoy leamos en una lápida que hay en la iglesia de Guetaria : «Esta es la sepultura del insigne capitán Juan Sebastián de Elcano» ; no hay allí resto alguno de él ; ya hemos dicho que sus cenizas descansan en un gigante y cristalino mausoleo, labrado por la mano del Todopoderoso y digno del gran héroe español.



CONCLUSIÓN



Los apenados tripulantes de *Santa María de la Victoria* eligieron por sucesor de El Cano a Toribio Alonso de Salazar, y prosiguieron, melancólicos, su ruta.

El 1.º de septiembre divisaron las islas de los Ladrones, donde pudieron reponerse de víveres y descansar unos días. Después, su existencia en el país de la Especiería, no fué más que una continua lucha con los portugueses.

De las otras naves, que se habían disper-

sado el 1.º de julio, unas se estrellaron y desaparecieron con su gente en inhospitalarias tierras ; la *San Lesmes* y el patache *Santiago* decidieron ir a Nueva España, sufriendo en la travesía grandes privaciones, y salvándose milagrosamente y gracias al ingenio y a la valentía del sacerdote Juan de Areizaga. Arribaron por fin a unas costas desconocidas, donde los indios les recibieron muy bien : eran las costas de Méjico. Pasaron adonde estaba Hernán Cortés, el cual los recibió muy cordialmente y les prestó toda clase de atenciones.

La madre de El Cano, doña Catalina del Puerto, no se cercioró de la muerte de su hijo hasta siete años después. Acudió entonces con todos los medios de que podía disponer en demanda de lo que a El Cano se debía ; mas nada pudo conseguir. El testamento de nuestro héroe no pudo cumplirse hasta pasados cuarenta años. ¡ Tan mezquinos se mostraron los hombres con el primero que dió la vuelta al mundo ! Más tarde se reconoció la gran trascendencia de los hechos de El Cano y se le han erigido varias estatuas, siendo una de

las mejores la de bronce que se descubrió solemnemente en mayo de 1816, en Guetaria.

¿Y qué fué de la *Victoria*, que hizo el primer viaje de circunnavegación? Si se hubiese conservado como una reliquia, todos iríamos hoy a admirarla, y con el mismo objeto vendrían desde los más remotos países; mas en aquel siglo de tantas y tan gigantes cas glorias, no se tuvo consideración alguna con ella. Después de su triunfante excursión alrededor del mundo, dice Fernández de Oviedo que «hizo aquella nao un viaje a esta ciudad de Santo Domingo, de la Isla Española y tornó a Sevilla; desde Sevilla volvió a esta isla, y a la vuelta, que volvió a España, se perdió, que nunca jamás se supo de ella, ni de persona de los que en ella iban».

¡Extraordinaria coincidencia! La *Victoria* encontró su tumba en el Atlántico, como su capitán había encontrado glorioso sepulcro en el Pacífico.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Biblioteca Nacional



366406

